TRIZANO

EL BUFFALO BILL CHILENO

PRECURSOR DE CARABINEROS DE CHILE

"TRIZANO"

El Búffalo Bill Chileno, precursor del Cuerpo de Carabineros de Chile

---

Portada e ilustraciones de «Orange»

SANTIAGO DE CHILE

Talleres Gráficos "La Nación" (S. A.)

1936

JORGE LARA CARMONA

Trizano, El Búffalo Bill Chileno, precursor del Cuerpo de Carabineros de Chile.

AL CUERPO DE CARABINEROS DE CHILE

Cuenta la tradición que existió un hombre que se llamó el Coronel Guillermo Cody (Búffalo Bill). Se dice de él que en los tiempos en que el Far West estaba entregado al pillaje más desenfrenado y los aventureros más famosos sembraban el terror, Búffalo Bill, impuso la ley y el derecho a fuerza de tiros. Devolvió la moral perdida e hizo habitable y segura, aquella rica comarca americana.

Hernán Trizano Avezzana, glorioso soldado del 79 y de la Campaña de la Araucanía; Capitán de Húsares de la Muerte y Jefe del célebre Cuerpo de Gendarmerías de las Colonias, al igual que el héroe del Far West, extirpó de la Frontera el bandidaje enseñoreado y restituyó al patrimonio nacional, cuatro de las más ricas provincias australes.

Este hombre fué el precursor del Cuerpo de Carabineros de Chile.

En estas páginas están escritas a grandes rasgos varias de sus innumerables hazañas. Cada una de ellas es un himno al deber, un llamado a la meditación y una sabia enseñanza de cuanto hay de grande, respetable e incomprendido, en la labor de aquellos que sacrifican su tranquilidad, exponen su salud y arriesgan su vida en defensa del derecho, en aras de la sociedad.

Es por eso, que este libro tiene una finalidad más grande de lo que pueda parecer, revive el pasado glorioso y olvidado de un caballeroso soldado, que hace medio siglo cruzó airosamente las montañas y fundó una tradición inmortal de la cual, es hoy depositaria el bizarro Cuerpo de Carabineros de Chile; para éllos estas páginas, para éllos esta ofrenda.

Jorge Lara Carmona

Prólogo

Antes de escribirse este libro, su autor practicó una acuciosa búsqueda en archivos y bibliotecas y pudo cerciorarse que, en realidad no existía ninguna obra más o menos completa, de la vida del egregio Capitán don Pedro Hernán Trizano Avezzana.

Sólo encontró escasos datos biográficos y uno que otro artículo de prensa; todos ellos incompletos y a veces erróneos.

Después de casi una decena de años del fallecimiento del benemérito soldado, fundador del legendario Cuerpo de Gendarmería de las Colonias, su vida y su obra permanecían ignoradas aún para los propios hombres de espada. Unicamente se le atribuía un anecdotario truculento y absurdo. Todo su glorioso pasado estaba cubierto por una gruesa capa de olvido. Era casi un anónimo.

El autor de estas páginas, oriundo de las tierras del Sur, a las que Trizano sirviera con tanto cariño, lealtad y desinterés, tuvo la suerte de conocer en vida a ese gran ciudadano; oyó comentar sus hazañas y constató la magnitud de su obra realizada en la provincia de Cautín.

El tiempo ha transcurrido y nada se había hecho en su homenaje. Solamente en algunas apartadas regiones australes del país, se recuerda que Trizano ha sido a través de la historia, la piedra angular, sobre la que años más tarde, se estructurara el actual brillante Cuerpo de Carabineros de Chile.

Distinguidos Jefes, Oficiales y modestos soldados de ese Cuerpo, con quienes conversé antes de emprender la fatigosa tarea de recopilar antecedentes para esta publicación, estimularon al suscrito y, uniformemente le manifestaron sus deseos, que se diese cima al presente trabajo. Con ello, se ha reparado una irritante injusticia y se ha hecho revivir, la recia personalidad del que fuera precursos de la moderna institución de Ca- Carabineros de Chile.

Es por eso, que al entregar a la publicidad esta modesta obra, he considerado un elemental deber de equidad, colocar a Trizano en el sitial que se merece y rendirle la ofrenda de este tardío pero necesario homenaje.

En consecuencia, sin pretensiones, entrego

este libro en manos del pundonoroso General don Humberto Arriagada Valdivieso, con la íntima satisfacción de haber contribuído a difundir, entre sus bizarros Carabineros. la vida de un hompre extraordinario, cuya actuación fué un constante ejemplo de heroísmo, sacrificio, abnegación y lealtad, hasta en los últimos instantes de su hermosa existencia.

EL AUTOR

El Capitàn Trizano, precursor del Cuerpo de Carabineros de Chile, en los últimos años de su vida

"TRIZANO"

Este libro está destinado especialmente a rememorar, las hazañas de un hombre que actuó a mediados del siglo pasado, en la región austral de Chile en una época, en que los campos eran arrasados por el bandolerismo y el imperio de la ley había desaparecido, ante la audacia de aventureros y maleantes surgidos con motivo del término de la guerra del Pacífico.

Era en aquellos tiempos, en que el Gobierno, deseaba ardorosamente hacer llegar hasta los más apartados confines de la República, el avance fecundo y vivificante del progreso. La frontera: denominación clásica, que se daba entonces a las provincias que se extendían más allá, de las márgenes del Bío-Bío, gemían por esos años, sacudidas ante el doloroso espectáculo, de ver diariamente saqueadas sus casas, violentadas sus mujeres e hijas, y finalmente, arrasados sus campos y robados sus animales. El espanto, la inseguridad y el desconcierto, impedían el progreso. Inútiles resultaban, las tentadoras ofertas que hacía el Gobierno a colonos nacionales o extranjeros. Nadie quería aventurarse a fundar una familia y labrar la tierra, ante el temor de perder la vida.

Y, la Frontera, región que con el devenir del tiempo,

fuera emporio de riquezas agrícolas, agonizaba, plagada de cizaña humana. El mutuo respeto no existía: sólo imperaban el atropello y la fuerza bruta como suprema ley. Los sentimientos se habían relajado y las razones por fundadas que fueran, caían aplastadas ante el ataque cobarde y a mansalva. La vida de un hombre llegó a valer menos que una pistola...

Fué en esa época, cuando el Gobierno de Chile, pensó seriamente en poner atajo a tanto desmán.

Corría el año 1896, cuando el Capitán Hernán Trizano Avezzana, fué comisionado para organizar la "Gendarmería de las Colonias", que tuviera a su cargo la vigilancia de los campos de la Frontera.

El oficial designado para servir tal cargo, tenía a su haber una hoja de servicios bien nutrida, de hechos sobresalientes. Había actuado brillantemente durante toda la guerra del Pacífico; entrada a Lima; Campaña de la Sierra y pacificación de la Araucanía. En la fecha de su designación, el CapitánTrizano, desempeñaba el cargo de ayudante del Estado Mayor del Ejército y Comandancia General de Armas de Santiago. Había sido promovido a este puesto honorífico en atención a su comportamiento en las campañas del 79 y Araucanía y también, como premio a su meritoria labor y por el éxito obtenido en la fundación de un Cuerpo de Policía Rural, con el cual batió fuertemente a los maleantes en los campos de la Frontera.

Todos estos títulos, además de la fama de su arrojo temerario pesaron en el ánimo del Gobierno, para confiarle la delicada misión de organizar un Cuerpo Armado, que debería actuar en la época en que la colonización era una gran esperanza para las provincias australes.

El Capitán Trizano, en cumplimiento de las órdenes

recibidas, fundó en la ciudad de Temuco el Cuerpo de Gendarmes de las Colonias, nombre que obedecía a la misión que se le había encomendado, de velar por la vida y la hacienda de los primeros colonos, llegados a esas apartadas regiones.

Era el Capitán Trizano en la fecha de su nombramiento, un mozo joven y vigoroso. De talla más bien baja que alta, mostraba a través de sus vestiduras militares, una conformación atlética, hecha a base de un entrenamiento constante. Tenía anchas y bien formadas las espaldas y las piernas ligeramente curvadas. Esgrimía el sable y el florete con gallarda habilidad y en el manejo de las armas de fuego, gozaba fama de certeza en el tiro. Montaba con soltura y donaire y cuentan sus amigos, que no era su talla ni tan grande ni tan robusta, en relación con los puñetazos que solía propinar. De carácter inquieto y turbulento, no conocía el miedo. Su cara ovalada terminaba en corta y cuidada barba francesa; anchas y pobladas cejas circundaban dos ojos pequeños y vivaces. Una naríz recta y bien formada indicaba recia personalidad. Coronando una frente alta y cuadrada, abundantes cabellos negros peinados hacia atrás, redondeaban la cabeza, proporcionada del joven Capitán Trizano.

Contábanse de él muchas anécdotas de sus viajes y andanzas por lejanas tierras. La verdad, era que Trizano había sentido desde niño, prenderse en su alma una sed de aventuras. Este acervo constante lo llevó a recorrer varios países de Europa y gran parte de Oriente. Lejos de Chile, su patria, sentía bullir en su pecho, el orgullo de su noble estirpe y cual caballero de otras épocas, donde quiera que fué, dejo el recuerdo de su gallarda apostura, de su fama de bravo y caballeroso adversario.

Adolescente todavía y cuando ya Europa no presentaba para él, campo suficiente a su inquietud eterna, salta a América en los momentos en que las nacientes repúblicas hispanas luchan por su estabilidad definitiva.

Trizano, brinda su espada a la causa americana y al lado de Mitre, Belgrano y otros patricios argentinos, el joven oficial chileno aporta el contingente de su entusiasmo a la gran causa de la justicia. El caudillaje político cunde en América, los Gobiernos se hacen inestables y los hombres valientes, leales y sinceros, se cotizan a altos precios. Trizano, recibe halagadoras ofertas que rechaza indignado. El guerrero chileno pelea, se bate en los campos de batalla, pero nó por dinero. Y, de éste modo, Trizano se aleja de la Argentina y reaparece en Uruguay y Paraguay. Su bolsa comienza a mermar. En cada una de estas aventuras, va dejando gruesas sumas de dinero. El oro no lo seduce; lo que ansía son honores, gloria... Cruza airoso, despreocupado uno y otro país, hasta el momento que Chile se encuentra amenazado de Guerra. Y, el valiente, cuyo brazo se disputaran los caudillos revolucionarios de Argentina, Uruguay y Paraguay, llega silenciosamente a un Cuartel y sienta plaza como simple soldado...

Desde aquel instante, Trizano se arraiga a la patria. Ya no volará en busca de nuevas aventuras fuera de su tierra natal. La rueda de su destino ha dejado de girar.

Se ha abierto la primera página del libro glorioso, que ha de llenarse con las hazañas que forman la vida novelesca, absurda a veces, pero profundamente humana, que vivió este hombre extraordinario, digno émulo de un personaje de Lope o Tirso de Molina.

LA PERSONALIDAD DEL JEFE DE LA GENDARMERIA DE LAS COLONIAS.—RASGOS BIOGRAFICOS.

Hernán Trizano Avezzana, nació en aguas chilenas el año 1860, en circunstancias que viajaba su familia a bordo de un buque, que accidentalmente se encontraba frente a Valparaíso.

Sus padres, que a la sazón hacían un viaje de placer, se llamaban Lorenzo Trizano Bonaparte (descendiente del gran Corso) y Ana María Avezzana, ambos oriundos de Nápoles, pertenecientes a una acaudalada familia, estrechamente vinculada con la alta nobleza.

Se educó en Italia y a muy temprana edad ingresó a la Escuela Naval. Permaneció solamente 3 meses al servicio de la Armada Italiana y luego después, su afán aventurero lo llevó a Constantinopla (Turquía). Allí sirvió en un barco cañonero, durante un año más o menos. Enseguida pasa a Grecia, embarcándose en un velero a bordo del cual, recorre todo el Oriente, viviendo algunos años en el Turquestan ruso, la India y China. Mientras residió en estos países, toma parte en jornadas memorables. "Siempre está de parte del débil y defendiendo toda causa que cree justa, aún con riesgo de su propia vida"—dicen sus biógrafos.—

Años más tarde, aparece en el Paraguay, país éste, donde le cupo actuar en varias revoluciones; pasando de aquí al Uruguay y Argentina. Su concurso en estos últimos países, es disputado con ardor por los caudillos revolucionarios, en aquellos días trágicos para las incipientes Repúblicas del Atlántico. A Trizano no le seducen ni los halagos ni el dinero; rechaza ofertas y *sólo*, pone su

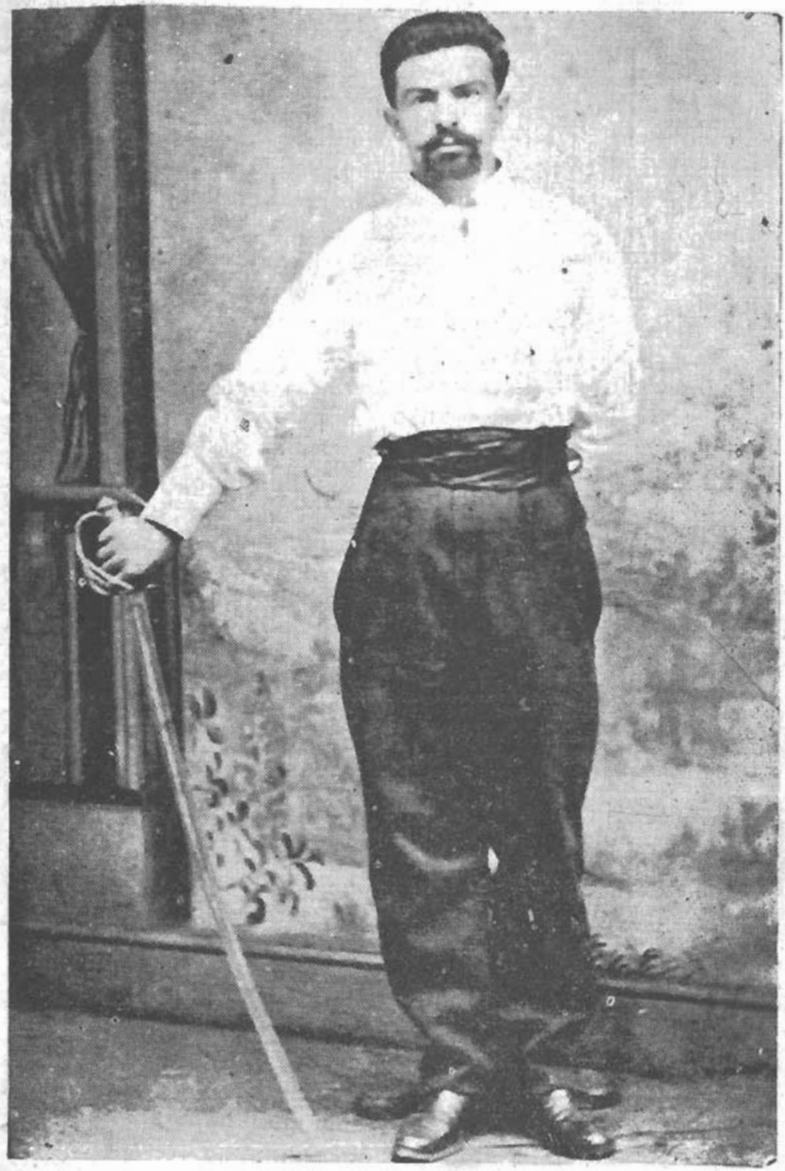
espada al servicio de las causas nobles. Organiza en las pampas un cuerpo armado, con gentes reclutadas entre los "gauchos" y coopera brillantemente con su valentía y audacia proverbiales, al lado del General don Bartolomé Mitre.

Sabe que Chile, su patria, está amenazada con el estallido de una guerra internacional,—cruza más de 600 leguas del territorio argentino—, atraviesa la Cordillera a lomo de mula y viene a enrolarse en las filas de nuestro Ejército, en el Regimiento de Cazadores. Allí sienta plaza como simple soldado y rechaza, el ofrecimiento que se le hace de darle un puesto de mayores responsabilidades y en relación con sus brillantes antecedentes de militar.

Trizano, como soldado de Chile hace toda la Campaña del 79, figurando en la actualidad, como uno de los veteranos más gloriosos de aquella época. En plena campaña, le cabe el honor de capturar en Arica, al Coronel argentino Roque Saenz Peña, que en la Guerra del Pacífico comandó un Regimiento peruano. Años más tarde, el prisionero de Trizano era Presidente de la República Argentina. Durante el avance hacia Lima y Campaña de la Sierra, Trizano fué un hombre indispensable. Su arrojo y audacia lo colocan entre los primeros.

Se le confían misiones delicadas, en las que constantemente actúa con criterio propio; ora son avanzadas, a muchos kilómetros de distancia del resto del Ejército, ora trabajos de observación. Víctima de su temeridad cae herido varias veces en aquella cruenta guerra. Jamás quiere dejar las líneas de combate para recurrir a los hospitales de sangre: allí mismo, entre el olor a pólvora van cerrando las heridas de este hombre extraordinario.

La Revolución de 1891 lo encuentra en Angol. Presta



Trizano en la época en que sus músculos eran de acero.

sus servicios en un cuerpo de caballería de guarnición en aquella ciudad. La noticia lo pone más dinámico aún; toma parte en la organización del Regimiento "Húsares de la Muerte", a la vez que rechaza indignado inmiscuirse en las actividades revolucionarias del 91, manifestando: "no estoy dispuesto a manchar mi espada, con la sangre de mis hermanos".

Después de la Revolución, se le nombra Prefecto de Angol, ciudad que por esos tiempos, era la plaza fuerte del Sur de Chile. Ya en aquella época, el Gobierno, lo comisionaba para combatir el bandolerismo en la región austral del país.

El enemigo del progreso de esa vasta región era el bandidaje. El malhechor de los campos actuaba con igual técnica como si hubiera estado comandado por expertos militares.

Desde ese instante comienza una nueva vida para Trizano. Su existencia inquieta iba a entrar a un largo período de turbulencias que no terminarían hasta 1905.

Con los escasos medios que le proporcionaba el Estado, organiza primeramente la Policía Rural, y posteriormente en 1896, el Cuerpo de Gendarmes de las Colonias, con el cual exterminó al asesino y al cuatrero; venciendo toda clase de dificultades y exponiendo su vida en cien combates. Mandó siempre a sus Gendarmes con las armas en la mano, marchando él a la cabeza al encuentro del enemigo.

Este mismo Cuerpo, fué el que años más tarde, debería servir de base, para la actual Institución de Carabineros de Chile.

Orgulloso, teniendo la íntima satisfacción de haber servido a su Patria con desinterés y lealtad, no pidió ja-

más al Gobierno la pensión que le correspondía, ni aludió nunca, a sus acciones heroicas. Fué quizás, éste sentimiento tan poco común, el que hizo, que Trizano no recibiera una justa compensación por sus sacrificios.

Murió en la miseria, sin otro bien material que una modesta casita en la que vivió, en compañía de su numerosa familia. Al morir era un inválido. Sus hazañas estaban olvidadas. Así terminó sus días el hombre que perdió salud, fortuna y tranquilidad, dejó afectos y cosechó insidias y malquerencias por hacer que otros, disfrutaran de un bienestar que él no conoció.

Cabe recordar que Trizano recibía del Supremo Gobierno, solamente la insignificante suma de $ 400 de pensión mensual. Con esa pequeña cantidad,—según dicen— algunos amigos que estaban interiorizados—Trizano, debía privarse hasta de alimentación para que no sufrieran sus hijos.

Debilitado por los constantes golpes de fortuna que debió soportar en los últimos años de su vida; amargado por la incomprensión e ingratitud de aquellos a quienes tanto sirvió, Trizano dejaba de existir en Temuco el 16 de Diciembre de 1926 en su modesta casita de la Avenida Balmaceda, a los 66 años de edad. Y su tumba en el Cementerio, ni siquiera, ostenta una humilde plancha de mármol con el nombre del héroe.

Don Hernán Trizano Avezzana, había contraído matrimonio en Chile, con la distinguida dama doña Elvira Aravena Arredondo, nieta del Almirante Pareja. De este matrimonio nacieron 10 hijos de los cuales viven ocho.

LA FAMILIA DEL HEROE

Al investigar y buscar antecedentes de los hijos de

don Hernán Trizano, constantemente se tropieza con el espíritu aventurero e inquieto de casi todos ellos; a excepción de Elvira, Itala, Francia y Kosusth, los demás parece que hubiesen heredado esa sed insaciable de aventura y a su vez aquella inquietud tan característica de su padre. En efecto, vamos a informar al lector, con algunos rasgos biográficos de los hijos de don Hernán Trizano. A través de ellos, se podrá juzgar la bastante similitud que existe entre éste y sus hijos.

Elvira, Itala y Francia, son excelentes nadadoras. Las tres tienen un vigor físico sorprendente. Practican el box y tiro al blanco con mucha perfección. En general, gustan de los deportes bruscos y su resistencia corporal es admirable.

Hernán 2.o, hizo sus estudios en el Liceo de Temuco e ingresó a la Escuela Militar en 1910. Obtuvo sus despachos de Teniente 2.o el año 1915 y fué destinado al Regimiento Granaderos N.o 1 en Iquique. Dos años después, ascendía a Teniente 1.o en el el mismo Cuerpo, y sucesivamente prestaba sus servicios en los Regimientos Lanceros N.o 5, Tren N.o 1, Húsares de la Muerte, (Del cual su padre fué uno de los fundadores) y Dragones. Permaneció en el Ejército durante 16 años, siendo un Oficial distinguido. Sus compañeros de armas, lo recuerdan siempre con cariño y citan como ejemplo, su energía y gran espíritu de soldado. Modesto, sufrido y servicial como su padre, vive en nuestros días como un anónimo; recorriendo el país de Arica a Magallanes y buscando siempre algo que nunca puede encontrar... En la actualidad, su porvenir es incierto. Teniendo condiciones excepcionales de laboriosidad y energía, no ha logrado hacerse de una situación de mediana holgura. Se retiró del Ejército en 1926, con

el grado de Capitán en el Arma de Caballería y recibe una pensión de $ 180 mensuales.

Kosusth, ingresó a la Escuela Militar en 1910 y como su hermano, se distinguió en la carrera de las Armas. En 1915 obtuvo sus despachos de Teniente 2.o, siendo destinado al Regimiento Llanquihue de Guarnición en Puerto Montt. Ha servido en el Norte y Sur de la República en numerosas Unidades y actualmente tiene el grado de Teniente Coronel en el Arma de Infantería.

Es un Oficial meritorio, de gran prestigio profesional, muy bien calificado y llamado a ocupar puestos de mucha responsabilidad en el Ejército.

De carácter adusto, modestísimo y retraído, da la impresión de ser un hombre intratable; siendo en realidad, justo, bondadoso, de gran carácter y verdadero padre de sus soldados. A esta fecha cuenta 36 años de edad, de los cuales 25 lleva servidos al Ejército. Es Teniente Coronel y Comandante del Regimiento Andino N.o 1 de Guarnición en Calama.

Kosciusko, como de su padre, podría escribirse una novela. Huye del hogar a los 13 años de edad, obsesionado con la idea de combatir en la guerra Europea del año 1914. Llega a Talcahuano sin recursos. Después de una serie de viscisitudes logra convencer al Capitán del buque mercante "México", que lo conduzca a Inglaterra. Allí ingresa a la Marina Mercante. En circunstancias que navega de Liverpool a Nueva York, el barco es torpedeado y hundido por un submarino alemán, salvándose Kosciusko milagrosamente. Después de este contratiempo las autoridades marítimas lo recomiendan en forma muy honrosa y puede ingresar en la Marina de Guerra Inglesa.

Forma parte de la dotación de un transporte que aca-

rreaba municiones al Estrecho de los Dardanelos. Luego pasa a la tripulación del acorazado "Irresistible", barco de gran tonelaje y que, al poco tiempo, era volado en forma espectacular por una mina a la salida del Estrecho. También en esta ocasión Kosciusko, se salva providencialmente, pero es hecho prisionero por las tropas turco-alemanas. Permanece internado en Turquía durante seis meses; sufriendo toda clase de privaciones y sometido a duros trabajos, hasta que logra evadirse. Una noche tempestuosa escapa a nado bajo una lluvia de balas y es recogido en estado semi inconsciente, por un torpedero inglés. Esta hazaña le vale un ascenso. Se le acuerdan una condecoración y pensión del Gobierno inglés. Continúa al servicio de la Real Armada Inglesa hasta el fin de la Guerra.

Terminada la contienda, la Superioridad Naval como un reconocimiento a sus sacrificios, lo llama a un curso de perfeccionamiento, para luego, hacerlo ingresar al Lloyd Real Inglés, donde actualmente presta sus servicios en calidad de Piloto Primero, nacionalizado ciudadano británico.

Glaucus, también como su hermano Kosciusko abandona a su padre a los 16 años. Tan pronto como Italia declaraba la guerra a los Imperios Centrales, Glaucus, se enrolaba junto con los reservistas que partían de Temuco a alistarse en las filas italianas. Llega a la Península en los momentos en que se decretaba la movilización general. Por su altivez, juventud y atlética contextura, se le destina al 11.o Regimiento de Bersaglieri. Enseguida pasa a Zapadores, actuando especialmente en la Campaña de los Alpes. En el desastre de Caporetto fué herido de gravedad y como consecuencia de ello, perdió totalmente su dentadura.

Hace toda la campaña de Italia hasta el final de la guerra, tomando parte en un sinnúmero de combates y acciones, destacándose como un valiente.

Terminada la guerra, pasa a la Marina Mercante Italiana, Institución a la que pertenece en la actualidad.

Tolstoy, es un "globe-troter". Hace muchos años y estando aún en vida su padre, parte de Chile. Muy de tarde en tarde se tienen noticias suyas. Súbitamente aparece en la República Argentina. Allí pasea su fama de "guapo" por las pampas. Su destreza para cabalgar y su habilidad en el manejo del lazo lo hacen célebre. Su carácter impetuoso y altivo, lo lleva al campo del honor y allí, sostiene varios duelos a facón y espada con los gauchos ofendidos. —Gana siempre.—Calla ante la victoria y tiende su mano generosa al vencido. Estas aventuras y lo que se contaba de su padre, lo rodean de una aureola de prestigio y simpatía. Pudo haber sido un gran hacendado, pero su desinterés y ansias de vagar, lo han convertido en un trotamundos; tan pronto está en Panamá como en Bruselas. Y de este modo va Tolstoy Trizano, romántico e inquieto de país en país, de ciudad en ciudad, sin detenerse jamás... Lleva prendida en el alma la eterna angustia en la partida.

General don Humberto Arriagada Valdivieso

Director General de Carabineros, depositario de la gloriosa tradición, legada a la actual moderna Institución, por el célebre Capitán Trizano y su legendaria Gendarmería de las Colonias

LA BRILLANTE ACTUACION DE TRIZANO EN LA GUERRA DEL PACIFICO.— ALGUNOS HECHOS DE ARMAS QUE REVELAN SU SAGACIDAD, CORAJE Y SENTIMIENTOS CABALLERESCOS

EN LOS CAMPOS DE BATALLA, CONQUISTO UNO A UNO SUS GALONES.

Los episodios que se relatan en seguida, constituyen solamente hechos aislados que guardan relación con la destacada y brillante actuación que le cupo a Trizano, en la Campaña del Pacífico. Más adelante publicamos íntegra su hermosa "Hoja de Servicios" y el lector leyendo su texto, podrá imponerse del sinnúmero de batallas, combates, acciones de guerra y comisiones en que estuvo presente el valiente y caballeroso Cazador del 79. Al efecto, la H. Cámara de Senadores, en sesión de 15 de Diciembre de 1879 declaró haber merecido "Bien de la Patria" él y sus compañeros del Ejército Expedicionario y por su parte, la H. Cámara de Diputados en sesión del 17 del mismo mes, hizo igual declaración.

El 15 de Abril de 1879, Trizano sentaba plaza en el

Regimiento de Cazadores a Caballo, como cabo 2.o y tras las mil victorias del Ejército Chileno llegó a retirarse de él, con el grado de Sargento 1.o, el 16 de Marzo de 1881; consumada ya la victoria, y afianzada definitivamente por el torrente de generosa sangre chilena, vertida en los campos de batalla.

Sus galones fueron ganados uno a uno, tras rudo batallar, pues durante la campaña fué nombrado cabo 1.o el 3 de Octubre de 1879, Sargento 2.o, el 16 de Febrero de 1880, y el 12 de Junio del mismo año culminaba su carrera de sub-oficial con el nombramiento de Sargento 1.o de Cazadores a caballo.

Como se dijo más arriba, el 16 de Marzo de 1881 obtuvo licencia absoluta del servicio, para conseguir su reincorporación con el grado de sargento 2.o, para su mismo Regimiento el 11 de Diciembre de 1882.

El 11 de Abril del año siguiente, 1883, reconquistaba de nuevo su gineta de sargento 1.o.

Su actuación en la Campaña fué destacada. Por sus especiales condiciones de sagacidad, valor, rápida concepción y temple de acero para las penalidades de la Guerra, fué elegido para operar independientemente al mando de una reducida patrulla de sus bravos Cazadores, que debía con enorme peligro, internarse en territorio enemigo, a interceptar los ganados que la Firma Puch, Gómez y Cía., remitía al Ejército Perú-Boliviano desde Salta, República Argentina, para las guarniciones enemigas de Iquique, Pisagua y otros puntos. Asímismo, tenía la misión en la que tantos bravos e inteligentes oficiales fracasaron, de destruír las provisiones y demás elementos que las autoridades bolivianas almacenaban y acumulaban, en los

lejanos villorios de su territorio, que según aviso interceptado por el ejército chileno, debían servir para aprovisionar de los elementos necesarios a las tropas enemigas, que operaran sobre Calama y Caracoles.

Estas empresas temerarias, tenidas por imposibles, fueron solicitadas para sí, por el intrépido Trizano, y con su sola inteligencia y el filo de los sables, empuñados por las hercúleas manos de los valientes Cazadores, dieron cima con singular éxito a verdaderas hazañas.

Estas andanzas duraron los meses de Junio a Setiembre del año 1879, en las que recorrió el territorio enemigo en todas direcciones, combatiendo de frente como bravo, o valiendose de toda clase de "ardides de Guerra", hasta alcanzar su objetivo. Durante ese tiempo, no pasó un sólo arreo de animales, que no fuera capturado y llevado a los Campamentos Chilenos por los Cazadores de Trizano. De paso, destruían cuanto depósito de provisiones había almacenado el enemigo, en los escondidos villorrios de la comarca.

En Agosto, se supo en el Cuartel General, que en la Población San Pedro de la Rinconada Boliviana, se había acumulado una enorme cantidad de víveres y pertrechos de guerra. Inmediatamente, fué despachado Trizano a ese lejano punto, con un piquete de Cazadores, los que lograron caer por sorpresa, y después de un corto pero sangriento combate, pusieron en fuga a la guarnición militar y civil, que resguardaba aquellos depósitos procediendo a destruírlos en el acto. Cuando el enemigo envió resfuerzos, ya habían transcurrido varias horas. Encontraron solo un montón de escombros de los edificios, que poco antes estaban atestados de víveres, forrajes y municiones.

En otra ocasión, yendo de reconocimiento para tomar contacto con una fuerza enemiga que había sido avistada, en las cercanías de la Posta del Miño, sintió un recio tiroteo. Puestos al galope los caballos, pudieron llegar en los precisos instantes, en que un fuerte destacamento peruano tenía en situación por demás comprometida al Comandante General de Armas de Loa, don José María Soto, que con su escasa escolta, se defendía bizarramente contra una fuerza muy superior.

Trizano, a la voz de "desenvainen" y a la "carga", cayó como un huracán sobre el enemigo, en medio del feróz chivateo de sus Cazadores, y con un sólo empuje, los dispersó vergonzosamente en todas direcciones.

En la sorpresa que precedió al combate de Los Angeles, cuando el batallón peruano "Grau" atacó al campamento chileno, la única avanzada que logró sostenerse ante la abrumadora superioridad numérica, fué la comandada por Trizano, que al mando de sólo diez hombres, dió tiempo a la oficialidad para que se organizara y montara al Regimiento.

Repuestos de la sorpresa los nuestros, rechazaron al enemigo con espantosas pérdidas.

Terminada la batalla, al día siguiente, e iniciada la persecusión, Trizano recibió la órden del Coronel don Arístides Martínez, de apoderarse y desarmar a un grupo de soldados enemigos que, al mando de un Oficial, se retiraba en órden y combatiendo valientemente.

No sólo cumplió esta órden, sino que, además, el piquete de diez hombres de Trizano, fué el primero que entró en la vecina población de Tarata, trayendo, junto con los soldados y Oficiales capturados, a las autoridades del

pueblo, en calidad de prisioneros, los cuales puso a disposición de sus Jefes.

Episodios como los narrados, hay por cientos en el acervo de Trizano, y para poner término a su actuación en la Guerra, relataré sólo alguno de los últimos, que demuestran que, a más de ser un valiente a toda prueba, era un hombre de honor y magnánimo con el enemigo caído.

En la batalla de Tacna fué herido, pero despreciando los servicios de la Ambulancia, siguió combatiendo, y en tal estado, habiendose iniciado la persecusión, hizo prisionero, por su propia mano, al Comandante General de la división Boliviana, Coronel señor Castro Pinto. En vez de haberlo tratado como a un simple prisionero, el caballeroso Cazador, viendo su alta jerarquía, lo presentó directamente, y con los miramientos debidos a su alto rango, al General don Samuel Valdivieso, gesto que le fué censurado por el Mayor don Francisco Vargas, Comandante de su Regimiento.

Esto, no obstante, Trizano volvió a repetir su gesto caballeroso en la marcha sobre Arica, cuando las minas estallaban bajo las patas de los caballos, al paso del Escuadrón de Cazadores, en que éste formaba, comandado por el heroico Capitán don Vicente Montauban.

Habiendo recibido la misión de localizar las minas, con cuatro hombres cortó varios alambres, y sorprendió al Ingeniero Elmore y un Capitán peruanos, a quienes hizo prisioneros, y a pesar del calor del combate, los condujo sanos y salvos al Campamento chileno, librándolos de la furia indignada de sus hombres, que querían combatir sin dar ni recibir cuartel.

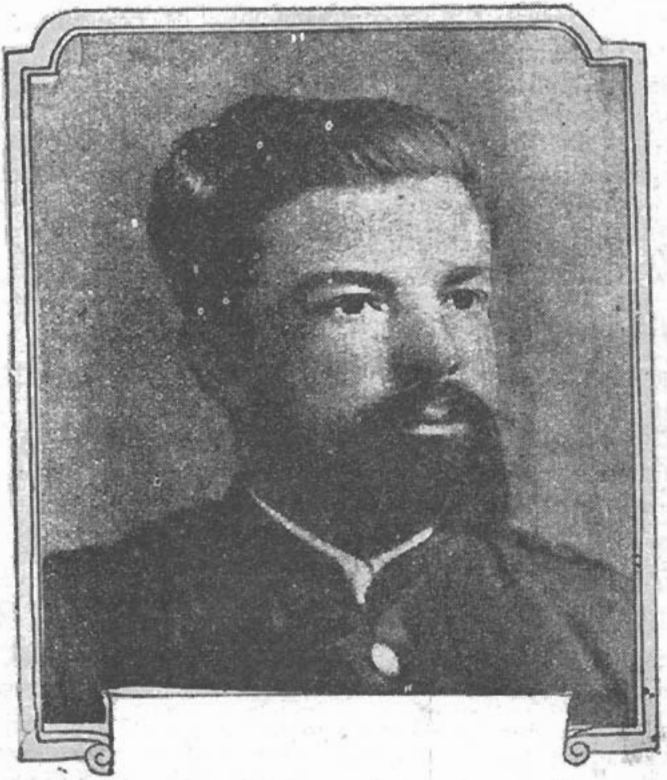
LOS ALBORES DE UNA GRAN INSTITUCION.— "LA GENDARMERIA DE LAS COLONIAS" PIEDRA ANGULAR SOBRE LA QUE SE ESTRUCTURO, EL CUERPO DE CARABINEROS DE CHILE.

Frente a sus bravos gendarmes, escalando las montañas con sus tacones de altura inverosimil, en la persecusión de los bandidos, Trizano fué como el Coronel Cody en la praderas norte-americanas, un verdadero Buffalo Bill de las montañas Araucanas. Jugó su vida en cien emboscadas, e impuso totalmente el valor de su carabina sobre la audacia del "choco" traicionero.

Don Hernán Trizano, cuyo solo nombre imponía respeto y llevaba la paz y tranquilidad hasta los más apartados parajes de la Frontera, se hizo profundamente conocedor de las localidades y reducciones de indigenas. Cuando se creó la provincia de Cautín, el Ministerio de Guerra lo puso a las órdenes de la Intendencia, para servir el cargo de Comandante de la Policía Rural, con un Sargento, cuatro Cabos y diez y seis soldados. Con ese puñado de hombres, el valiente Alferez de Husares de la Muerte, hizo la conquista brava y terrible de la tranquilidad de la Frontera, poniendo a raya el terrorismo de los campos.

De todas partes de la provincia, eran muy frecuentes las peticiones que se formulaban a la Intendencia para que

El Capitan Hernán Trizano Avezzana



El gran gendarme en la época gloriosa en que la suerte de la Frontera estaba entregada en sus manos

se enviase a Trizano, como medida salvadora, para perseguir a los autores de salteos y asesinatos.

Es típico el siguiente telegrama del Sub-Delegado de Traiguen:

"Intendente"

"Se me denuncia una madriguera de bandidos y cua-
" treros en montañas de Nielol al Sur de Quillen; — ahí
" está el origen de muchos salteos y robos hechos últi-
" mamente.— Estimaré a US. disponga una expedición de
"Policía Rural a aquellas montañas".

(Firmado): A. SANTIBAÑEZ ROJAS.

Asimismo, este otro telegrama, nos ahorra comentarios y el lector podrá formarse verdadera conciencia de la peligrosa situación a que se encontraban abocados los moradores de aquellas apartadas comarcas.

El Director de Colonización, don Martín Droully, se dirigía al Intendente de Cautín en los siguientes términos:

"Moneda para Intendente"

"Saltearon colono inglés vive traiguen. Ruego a US.
" envíe Alferez Trizano".— (Firmado:) MARTIN DROU-
LLY.

Las autoridades de Cautín y, hasta el propio Director General de Colonización solicitaban la Policía Rural. La alarma cundía. El nombre de Trizano, sonaba en boca de todos. Era el único hombre capáz de poner atajo a los desmanes de los foragidos.

A las ciudades llegaban constantemente las noticias de

nuevos salteos. El público se sobrecojía de espanto. Y, era entonces cuando se veía salir a Hernán Trizano de su Cuartel. Transcurrían tres o cuatro días sin noticias de él y de su gente. Repentinamente se esparcía por toda la comarca la buena nueva. La temible banda de salteadores había caído en manos de los "Trizanos". Y el pueblo alborozado, salía de sus casas a presenciar, como atados a sus caballos desfilaban en dirección al Cuartel de los Gendarmes, los sobrevivientes de la pandilla que una semana atrás, asolora los campos con sus fechorías.

Trizano era recibido en triunfo.

Secundaban también a esa labor, los soldados de las guarniciones militares, hasta el momento en que llegaron los rumores que el Ejército del Sur, sería disuelto y trasladadas las unidades que cubrían los Fuertes y Cuarteles. Igualmente, partiría a Angol el Alferez Trizano a integrarse a su Escuadrón de "Húsares".

Esta medida dejaba la Frontera en peligro inminente de ser devastada por el elemento maleante. Así lo comprendieron el Intendente de Cautín y el Gobernador de Nueva Imperial, quienes en comunicaciones que copiamos textualmente manifestaban:

"Se ha denunciado a esta Gobernación, — decía el " Gobernador de Imperial — que varios individuos e in- " dios encabezados por otros tantos españoles se apron- " tan para hacer sus correrías, en caso que esto quede " sin guarnición. Creo que podrá ser muy posible un al " zamiento, si el 4.o de Línea lo trasladan a Santiago'.

El Intendente de Cautín, Gorostiaga, por su parte, " pedía al Ministro del Interior que no se llevasen a Triza- " no. "Por las razones expuestas y, porque en esta provin-

" cia presta servicios más provechosos que en Malleco,
" me dirijo a US. para que recabe del señor Ministro de
" la Guerra la órden necesaria a fin de que el Oficial
" don Pedro Hernán Trizano, continúe a las órdenes del
" que suscribe".

Y el Ministro de la Guerra accedió a la representación que oportunamente, le hizo su colega del Interior atendiendo la petición de Gorostiaga.

ASESINATO DEL SUBDITO INGLES ENRIQUE F. PETERS.

El año 1877, que tantas novedades presenta la historia de la provincia de Cautín, ocurrió el alevoso asesinato del viajero inglés don Enrique F. Peters. El 12 de Marzo salió el súbdito británico de Villarrica con dirección al norte. Algunos viajeros de aquel Fuerte, creyeron que continuaría viaje hacia la República Aregentina y otros, opinaban se había dirigido a Temuco. El hecho es que, no se tuvo noticias suyas hasta que su familia residente en Valparaíso, comenzó a alarmarse y a exigir antecedentes al Intendente de Cautín. Las indagaciones practicadas, acentuaron el rumor que, el viajero había cruzado la Cordillera, hipótesis que se desvaneció cuando la Legación Británica hizo averiguar por el lado Aregentino, estableciéndose que en los Fuertes fronterizos no se había presentado el extranjero buscado.

El Ministro de Relaciones Exteriores, don Miguel Luis Amunátegui, dispuso la investigación amplia del asunto y al efecto, Gorostiaga despachó al interior al Alferez Trizano, a principios de Junio. Durante un mes, el Comandante de la Policía Rural, hizo el trabajo de la in-

vestigación; recorriendo los campos a pesar de todas las dificultades del invierno.

Hernán Trizano, no escatimó sacrificios, ni medio alguno, por costoso que fuera, para descubrir los detalles de aquel hecho. Recorrió las montañas de Villarrica, buscando datos en las rucas de los indígenas. Se internó en la Cordillera y cruzó rios en creces a nado. Se hizo acompañar de tres de sus más bravos rurales. El "vaqueano" que lo acompañaba, murió helado en las nieves cordilleranas. Uno de los "correos" que envió a Gorostiaga, para informarlo de sus investigaciones, se ahogó al atravesar el Río Allipen. Los caballos en que el piquete había salido de Temuco, murieron todos, vencidos en su resistencia. Fué ésta, una jornada terrible en una zona inhospitalaria y adversa. El inglés Peters, había sido asesinado por dos indígenas y un español en el trayecto de Villarrica a Freire. Trizano apresó a los dos indígenas y recogió los restos del infortunado turista, así como algunas prendas de su uso.

El 3 de Julio, Trizano entraba a Temuco acompañado de sus tres rurales, custudiando doce reos; autores, complices e instigadores del asesinato.

El español complicado en el crimen, llamado Natalio Jara, no fué habido, pues huyendo de Trizano, se internó en la República Argentina por el Fuerte de Junín de Los Andes.

La pesquisa de Trizano, mereció el elogio general del vecindario de Temuco y de las autoridades, al considerar los sacrificios que ella había significado y la peligrosa vigilia a que esos tres rurales y su jefe hubieron de someterse,

"ASESINATO DEL SUBDITO INGLES ENRIQUE F. PETERS"

El 3 de Julio, Trizano entraba a Temuco, custodiando 12 reos

para custodiar día y noche a los doce detenidos que traían para entregarlos a la justicia.

Veamos ahora la opinión que mereció a las autoridades aquella captura de Trizano.

"Al transcribir a US. la relación de estos hechos, decía " el Intendente al Ministro de Relaciones Exteriores, no " cumpliría con un deber de la más estricta justicia, si no " recomendara a la consideración de US. el comportamien- " to inteligente de aquel Oficial. Sacrificios de esa natura- " leza, hechos con buena voluntad a toda prueba, en bien " de la vindicta pública y para escarmiento de los arau- " canos, son a mi juicio dignos no sólo de aplausos sino " de alguna recompensa, que manifieste al que los hace, " que se saben apreciar debidamente, sobre todo, cuando " esos sacrificios son la repetición de otros que en comisio- " nes tan o más delicadas que la presente, se han llevado a " cabo por el mismo Oficial. En tal convicción, me permi- " to solicitar el valioso concurso de US. para que al Alférez " nombrado se le dé en el Ejército el empleo de Teniente, " que en otras ocasiones he pedido para él".

El Sub-Secretario del Ministerio del Interior, don Luis Claro Solar, al acusar recibo de la nota de Gorostiaga— fué trascrito, le decía, al Ministro de Guerra para que resuelva lo que estime conveniente y al de Relaciones Exteriores para los demás fines. Y el de Guerra resolvió en estricta justicia, acogiendo la petición de Gorostiaga. Des-

graciadamente, el Teniente Trizano permaneció poco tiempo más al frente de la Policía Rural. A fines de año fué destinado al Estado Mayor de la Plaza de la Provincia de Malleco y aquí ascendido a Capitán. Más tarde, y en atención a su brillante actuación en la Guerra del Pacífico y meritoria labor como Oficial Jefe de la Policía Rural, fué trasladado a Santiago en calidad de Ayudante de la Comandancia de Armas y Estado Mayor General.

LOS PRIMEROS GENDARMES

Basado en estos honrosos antecedentes, el año 1896 el Supremo Gobierno, con un criterio digno del mayor encomio, confiaba la organización de la Gendarmería de las Colonias al distinguido Capitán de Caballería, don Hernán Trizano Avezzana, antiguo y glorioso Cazador del 79 y uno de los fundadores del Regimiento Húsares de la Muerte. El Cuerpo se creó con cincuenta hombres escogidos, para luego después alcanzar un efectivo de trescientos. Los primeros Oficiales de esta unidad fueron el Teniente don Víctor Campos, que después ocupara la Secretaría de la Intendencia de Cautín y años más tarde la Gobernación de Imperial; los señores Sáenz, Briones, Metkalfe, Oyarzún, Oses, Contreras, Muñoz y el Teniente de Administración señor Durán.

La tropa fué reclutada entre los ex-Sub-Oficiales y soldados del Ejército y debían tener las siguientes cualidades: Muy buenos antecedentes, honradez acrisolada; estatura superior a un metro ochenta centímetros, pudiéndose reemplazar ésta por la constitución atlética del individuo; se prefería a hombres no mayores de treinta años,

hijos de campesinos, con salud a prueba de toda clase de privaciones; muy sobrios, buenos nadadores y que manifestaran vocación por la carrera sacrificada que representaba cargar el vistoso uniforme del Gendarme de las Colonias.

La Gendarmería estaba dividida en innumerables Retenes, distribuídos en la vastísima zona comprendida entre las actuales provincias de Bío-Bío y Arauco. Cada Retén estaba a cargo de un Oficial o Sub-Oficial distinguido, responsable de la instrucción y disciplina de la Tropa, daran a su Retén.

Administración de fondos, y de dar exacto cumplimiento a las delicadas y peligrosas misiones que se le encomen-

Finalmente debía desplegar constante actividad expedicionando y recorriendo caminos y senderos, dentro del territorio de su jurisdicción.

Se les recomendaba mucha energía, pero, asímismo, proceder con justicia, sin llegar jamás a la crueldad, para investigar los delitos. El gendarme debía ser muy duro, parco en palabras y actuar sin contemplaciones, cada vez que fuese necesario. Su vida privada estaba sometida a una constante fiscalización; inculcándosele mucha bondad para con la gente de bien y constituirse en el "Azote de Atila" para con el bandolero. La disciplina era férrea y controlada muy a menudo por el propio Trizano, quien no transigía en este sentido; las órdenes impartidas eran obedecidas ciegamente y sin discusión.

Al gendarme se le prohibía terminantemente usar uniforme en los campos, o bien cuando desempeñaba alguna comisión. Con ello se evitaba que fuese descubierto o se previniere el enemigo.

Solamente les era permitido uniformes en la ciudad y para los efectos del servicio, dentro del cuartel.

El elegante uniforme de la Gendarmería de las Colonias, lo constituían las siguientes prendas:

Kepí azul de tipo francés, con visera negra de tres a cinco centímetros de largo, cruzado en la parte superior con dos huinchas negras y fiador de charol.

Dormán azul, de corte entallado con amplias carteras oblicuas y triple abotonadura dorada, guarnecida por trenzados terminados en barrilletes.

Las costuras de la espalda estaban disimuladas por huinchas negras de reluciente seda.

Las insignias iban colocadas a ambos lados del cuello, que era recto de tres centímetros de alto.

Terminaban los detalles del dormán, en dos presillas elegantemente confeccionadas en gruesa cordoneta de seda negra.

El pantalón de montar, de tipo francés, era de un azul negruzco, con vivos rojos al costado. Botas de alta caña, rematadas en espolines grandes, y el capote amplio de grueso paño azul, botones sobre el pecho, grandes carteras oblicuas y traba en la espalda, completaban la tenida corriente del Gendarme de las Colonias.

Además de estas prendas, formaban parte de la dotación de vestuario del individuo de tropa, un juego de mantas de agua y castilla.

El uniforme de los oficiales se distinguía por la calidad del paño, y las insignias de graduación plateadas, dispuestas en el antebrazo, como también la doble franja roja en el pantalón.

Usaban corrientemente amplia capa negra. La gallarda pelliza, era otro de los distintivos característicos del oficial en tenida de gala.

El equipo de montar, estaba compuesto de los siguientes arreos:

Silla y correaje hebillados, baticola a la francesa, mandil, manta-pelero y carona.

Por la descripción del uniforme, el lector puede colegir, el cuidado y esmero gastados por Hernán Trizano para presentar a su tropa en condiciones tales, que siempre mereció admiración. Y este esfuerzo es más digno de mencionar, si se considera lo exiguo del presupuesto que se destinaba para esta clase de gastos.

"Los Trizanos"—como el elemento civil los llamó, desde el primer momento—, significaron en la frontera, la voz neta y precisa con que se denominó por mucho tiempo a las policías encargadas de la vigilancia de los campos. "Los Trizanos" fueron la base de los Carabineros y son a través del tiempo los precursores de aquella moderna institución En consecuencia, el glorioso "Cazador" del 79 y brillante oficial de "Húsares de la Muerte", don Pedro Hernán Trizano Avezzana, ha de ocupar, en la historia policial de la frontera y de la República, el primer sitio de honor.

Aquel hombre bajo de estatura, de mirada penetrante, recio, cuyos músculos y voluntad de acero, escribió la página viril del ataque implacable a la audacia sin límites del bandolerismo; vivió sus años de retiro en Temuco y formó en su escuela de valiente militar, a sus 5 hijos hombres.

LA GENDARMERIA DE LAS COLONIAS EN ACCION.— SU CAMPAÑA CONTRA EL BANDOLERISMO ORGANIZADO.— ORIGEN DEL BANDIDAJE EN LA FRONTERA

Una vez organizado el Cuerpo de Gendarmería de las Colonias, su jefe, el Capitán Trizano, inició una enérgica campaña contra las partidas de bandoleros organizados: destacó previamente en la provincia de Bío-Bío, una cortina de patrullas volantes, que con sus veloces corceles, debían impedir a costa de cualquier sacrificio, que los malhechores huyeran hacia el norte. Expedicionó en seguida de norte a sur y de costa a cordillera; patrullando caminos, poblados y bosques, de día y de noche, sin arredrarle jamás los obstáculos; ríos caudalosos, montañas impenetrables, los fríos intensos, ni las copiosas lluvias, que a otro hombre que no hubiese sido de un temple y voluntad de acero, fatalmente lo habrían desconcertado.

Ubicaba a los bandoleros y cuatreros en sus propias guaridas, libraba con ellos sangrientos combates; hostigándolos constantemente, hasta que, desmoralizados o vencidos, deponían sus armas. Otros, ante el peligro inminente, traspasaban los Andes y huían a la Argentina, perseguidos de cerca por los infatigables "Trizanos".

Esta actividad asombrosa de Trizano y sus valientes gendarmes, se prolongó por más de diez años. Durante ese lapso, recuperó miles de animales vacunos y caballares; devolvió a sus poseedores valiosas especies, y entregó a la justicia a los más temibles y recalcitrantes bandoleros. Llevó la tranquilidad, la paz y el orden a todos los habitantes nacionales y extranjeros, que por esos años se encontraban justamente alarmados en toda la vasta región que se denominaba la Frontera, y que comprendía el territorio ocupado en la actualidad por las provincias de Malleco, Cautín, Valdivia y Chiloé. Si las estadísticas de esos tiempos, hubiesen avaluado en pesos de nuestra moneda, la labor constructiva realizada por Trizano y los suyos, habrían resultado millones de pesos devueltos a la ganadería, agricultura e incipiente industria de aquellos años.

El comandante de la Gendarmería y sus "Trizanos", jamás se daban tregua Con su tropa en campaña, dormían a toda intemperie; se alimentaban frugalmente y cuando regresaban a su cuartel, se dedicaban, jefes, oficiales y tropa, a violentos ejercicios gimnásticos, instrucción militar, práctica del tiro, natación, laceadura y adiestramiento de sus caballos.

Se tenía especial cuidado en que el caballo pudiese bajar y subir pendientes difíciles, salvar cercos de tranquilla y tranquero y nadar con expedición.

La creación de este cuerpo de valerosos soldados, con férrea disciplina y audacia sin precedentes, fué necesaria para poder batir al bandido de la Frontera: hombre sufrido, hijo del rigor, que se había organizado y armado con táctica militar.

Este bandidaje temible, databa de las postrimerías del

año 1883, y se generó, en la forma que pasamos a relatar a continuación:

Durante la guerra de 1879, por necesidades de carácter militar, fué indispensable movilizar gente de presidio y enviarla al frente, dada la escasez de hombres y poca población con que contaba el país. Estos recluídos se batieron como leones en la Guerra del Pacífico. Muchos murieron gloriosamente y otros fueron excelentes soldados durante la campaña. Naturalmente, que al hacer esos sacrificios tenían el convencimiento que sus viejas cuentas para con la sociedad quedarían saldadas. Profundo error —de ellos y de los jueces— que calladamente fallaron sus procesos, mientras derramaban su sangre por la patria.

Al término de la Guerra, pudieron informarse que nuevamente deberían ingresar a las cárceles a cumplir el resto de sus condenas. La noticia fué como un latigazo. Enardecidos con tamaña ingratitud, optaron por armarse, organizarse militarmente, y vivir al margen de la ley. Prefirieron la selva virgen a la obscuridad de la celda del presidio.

Huyeron a las cordilleras y montañas del Sur de Chile y allí, deshumanizados convertidos en fieras, cometieron toda clase de depredaciones. Fueron por largos años el azote de aquella naciente región; fueron el terror de aquel hombre rubio, venido de lejanas tierras a prestar el aporte de su trabajo a una comarca que, con el devenir de los años, fuera emporio de riquezas.

Eran los reyes de las montañas y señores de los caminos y senderos. Mataban por el gusto de ver correr sangre. Los viajeros y hacendados eran asaltados a cualquiera hora y asesinados bárbaramente. Familias enteras,

caían bajo los certeros disparos del "choco" homicida. El crimen era para ellos una necesidad.

Con estos antecedentes, fácilmente se comprenderá que los bandidos a los cuales tuvieron que hacer frente los "Trizanos", eran individuos fogueados en cien acciones de guerra. Acostumbrados a todas las artimañas de la montonera, militarmente muy superiores a las policías improvisadas, a las que no temían en absoluto y, por el contrario, las buscaban para desafiarlas y mofarse de ellas. La temeridad de estos malhechores era inaudita. No les arredraba nada ni nadie. Por eso, su extirpación, constituyó una verdadera guerra sangrienta con todas sus lamentables consecuencias y cortejo de calamidades. Si la Gendarmería no los hubiese exterminado, la suerte de las provincias australes, habría quedado entregada en manos de audaces aventureros. El Gobierno comprendió el problema y se dió cuenta de lo estéril que resultaba, proporcionar tierra y elementos de trabajo a los colonos, si previámente, no daba amplias garantías al hombre que debía llevar el progreso a aquellas apartadas regiones. Esta razón especial, hace que el nombre de Hernán Trizano, esté íntimamente ligado a la grandeza de lo que hace medio siglo se denominara "La Frontera".

Fué, pues, Trizano y sus bravos gendarmes, quienes realizaron una de las labores más hermosas y de mayor significación, en la historia del desenvolvimiento de las provincias de Malleco, Cautín, Valdivia y Chiloé.

"Los Trizanos" representan en aquella época balbuceante del progreso austral, todo cuanto hay de grande y noble en las instituciones que tienen dentro del orden

social, la consigna de velar por la vida y la hacienda del hombre que labora por la grandeza de la patria.

DOS PALABRAS

Pretender relatar íntegra y minuciosamente la vida del Capitán Trizano, sería una labor muy árdua y difícil, para cualquiera que emprendiese esa tarea. Para ello se necesitaría escribir un volumen de miles de páginas y esto, naturalmente, es superior a nuestras fuerzas.

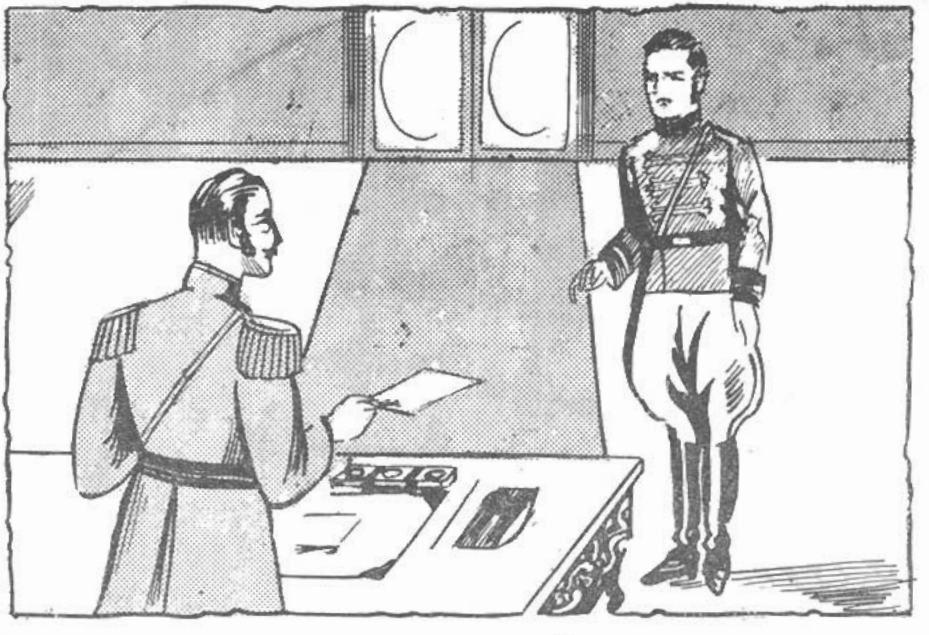
El autor de este libro, se ha limitado a describir a continuación, una serie de interesantes anécdotas; todas ellas basadas en datos verídicos de un valor histórico innegable. Los hechos relacionados están íntimamente ligados a la actuación que le cupo a Trizano, durante el tiempo en que comandó la Policía Rural y Gendarmería de las Colonias. Cada una de estas anécdotas tiene el mérito de haber sido narradas por ex-gendarmes y sobrevivientes de la Campaña de la Araucanía, que sirvieron a las órdenes del propio Trizano. Los sitios y personas que se mencionan en algunos pasajes, aun subsisten en nuestros días, y pueden dar fe de la autenticidad del relato, muchos antiguos vecinos de Temuco.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

UN RECUERDO.—EL GENERAL DON EMILIO KORNER

En las postrimerías del año 1898, las relaciones internacionales con la República Argentina atravesaban por un período crítico. El Inspector General del Ejército y Jefe del Estado Mayor, General de División, don Emilio Körner, se encontraba muy preocupado, revistando las

"UN RECUERDO": KOERNER Y TRIZANO



...Y si antes de 15 dias, mis gendarmes no están operando a las puertas de Buenos Aires, es porque habrá muerto su jefe

guarniciones fronterizas cercanas a la Cordillera y sorpresivamente llegó a Temuco. El mismo día de su llegada, visitó el Cuartel de la Gendarmería de las Colonias y revistó detenidamente la tropa, el ganado, armamento, vestuario, etc. Inquirió una serie de antecedentes sobre el estado de disciplina y capacidad de aquellos hombres, que vivían tan alejados de los centros poblados. Después de informarse con minuciosidad hasta de los más pequeños detalles, llamó a Trizano y le manifestó confidencialmente que la Superioridad Militar había dispuesto que tan pronto como se ordenara la movilización, formara rápidamente un Regimiento, tomando como base a sus Gendarmes, para cuyo efecto, se le enviarían con la debida oportunidad, pertrechos, caballada y armamentos.

Este Regimiento de Gendarmes, debería proceder independientemente, a las órdenes de Trizano, siendo su objetivo principal, atravesar la Cordillera en horas tan pronto como se declarase la guerra.

Luego después, caería como un rayo sobre las Pampas Argentinas, arrasando, devastando e incendiando cuanto encontrara a su paso. Ganados, cementeras, puentes, vías, comunicaciones y columnas de abastecimiento, deberían desaparecer. La consigna era imponer el terror en los "gauchos" sin reparar en los medios.

El General Körner, al confiarle esta delicada empresa al Capitán Trizano, sabía muy bien de lo que era capaz este hombre extraordinario.

En efecto, Trizano conocía como nadie, todos los pasos de la Cordillera, aun los más escondidos e insignificantes y ésto, como también su Hoja de Servicios, eran títulos suficientes para el Jefe del Estado Mayor. ¿Qué

hombre podía cumplir mejor que Trizano esta misión? Körner sabía que fué él, quien hizo el primer disparo en la batalla de Miraflores.

Era "vox-populi", durante la Guerra del Pacífico, que su audacia no tenía límites. Todavía estaban frescas en el recuerdo sus hazañas. Antes que entrase el Ejército victorioso a Lima, ya Trizano estaba actuando dentro de la ciudad. Fué él quien arrancó las planchas con los nombres de las calles, y colocó con tiza, los de destacados personajes chilenos.

Le constaba asímismo al General, que Trizano con su sagacidad y valentía, hostigó a casi todas las columnas de aprovisionamiento peruanas, tomándoles grandes cantidades de víveres y municiones, tanto en la Campaña de Lima como en la de La Sierra. En consecuencia, el hombre estaba muy bien buscado. Así lo comprendió el Jefe del Estado Mayor.

Trizano al tener conocimiento de la honrosa y delicada misión que le traía el General Körner, díjole secamente: "Mi General, serán cumplidas sus órdenes y si antes de quince días, mis Gendarmes no están operando a las puertas de Buenos Aires, es porque habrá muerto su Jefe".

Y, si la guerra se hubiese declarado, seguramente, los centauros de Trizano, habrían sembrado el terror y la muerte en las pampas y el bravo Capitán, habría conseguido una nueva ofrenda, para depositarla junto al altar de su Patria.

UN DUELO

Corría el año 1900. En un pequeño poblado, situado en los alrededores de la Unión, acampaba una banda de salteadores, que capitaneaba un célebre malhechor de apellido Cea. Era este Cea, un hombre de abundante barba, alto de estatura y con formas atléticas.

Había bautizado al Capitán Trizano con el apodo de "El Brujo". Lo llamaba así, porque aseguraba que mantenía cierto contacto con espíritus malignos que le indicaban su paradero.

Atribuía a Trizano ciertos ritos paganos y, contaba a sus camaradas que por las noches, salía a la montaña y celebraba largas sesiones con el Diablo. Aseguraba que muchas veces vió desprenderse del cuerpo la cabeza del Jefe de la Gendarmería, y salir a volar...

Y, así, este hombre aureolaba de una extraña mezcla de Dios y de Demonio al Jefe de la Gendarmería de las Colonias.

Hernán Trizano supo el paradero exacto del citado

Cea y la noche de Navidad de ese año, se situó a conveniente distancia de la guarida de los criminales. Esperó tranquilamente que viniera el día, y cuando la fiesta estaba en todo su esplendor y el puntear de las guitarras dejaban sentir sus claros sones en la estrecha vivienda, y el vino corría y el asado al palo deleitaba el paladar de los bandoleros, se sintió un terremoto en la pieza. Las patas del caballo del Trizano hicieron saltar la puerta y como un bólido apareció la figura del Gendarme. Hubo un instante de desconcierto, y se oyó un grito potente: Era Cea que lanzaba un desafío·

—Si es tan hombre "El Brujo" que se bata sólo conmigo.

Trizano revolvió el caballo en la pequeña pieza y ordenó a su gente retirarse a dos cuadras hacia el Norte, mientras contestaba a su interlocutor:

—Acepto: ahora indica, como quieres batirte.

¡A tiro limpio! Fué la respuesta del bandido.

Conforme, replicó Trizano.

La mirada del Capitán era serena. Sus dos grandes revólveres de combate estaban amartillados.

Cea, receloso y sin dar la espalda caminó hasta situarse a 20 pasos; se arrodilló y tomó posición de tiro.

Trizano se tendió en el suelo y cuando vió la postura del cuerpo de Cea, le gritó:

—Tiéndete tonto, tiene mucho cuerpo y presentas mucho blanco.

Cea, no respondió. Trizano lanzó un nuevo grito:

—No quieres tenderte: te llevo mucha ventaja; dispara.

Un segundo después, una bala rasgó los aires y rebotó

Un duelo

¡Tiéndete, tonto, tienes mucho cuerpo y presentas mucho blanco!

en las piedras, para convertirse en mil partículas, que como nuevos proyectiles se inscrustaron en el hombre izquierdo de Trizano.

El Jefe de la Gendarmería, esperó un brevísimo instante y disparó. Cea se dobló, llevándose ambas manos al abdómen. La herida lo exasperó y se levantó tratando de avanzar varios pasos, al propio tiempo que alzaba la carabina a la altura del hombro, para hacer un nuevo disparo.

Trizano, tendido en el suelo, inmutable, apretó su gatillo, se sintió una nueva detonación y el cuerpo de Cea se desplomó como fulminado por un rayo. La segunda bala había hecho blanco en plena frente. El combate había terminado.

Los gendarmes que a corta distancia presenciaban la escena, levantaron en alto al "Brujo". Esa misma noche, toda la comarca tenía una prueba más, del valor del Jefe de la Gendarmería de las Colonias.

N. del A.— Esta anécdota la presenció y nos la ha relatado, el Sargento Segundo en retiro Misael Hernández, que aun vive y reside en Temuco, en la población Ziem.

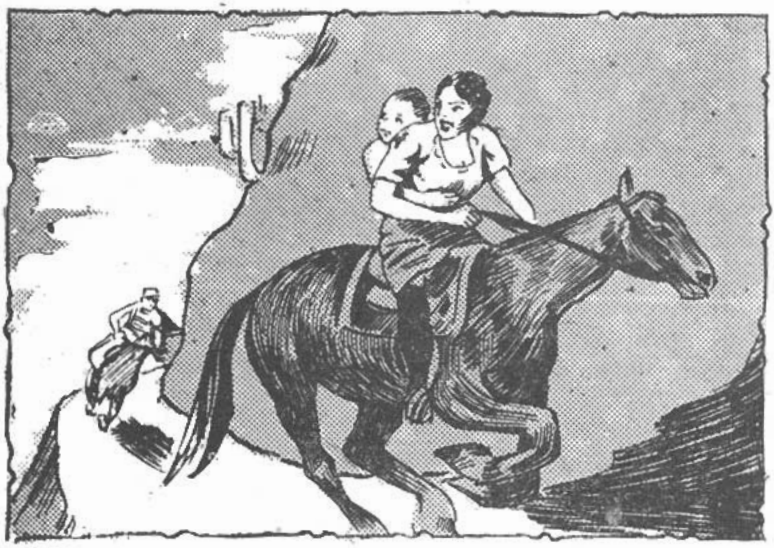
Una captura difícil

Siguiendo las directivas que de antemano se había trazado el Capitán Trizano, recorría constantemente la Provincia de Cautín en todas direcciones. Buscaba en esas incursiones, en un paraje cercano a Chol-Chol, una banda de cuatreros muy temida, que según informaciones, había fijado su cuartel general en esa región. Y, en efecto, era así. Descubiertos en sus guaridas se les intimó rendición. Contestaron con un nutrido fuego de sus carabinas recortadas.

Después de media hora de combate, los foragidos, considerando inútil la resistencia, optaron por emprender la fuga, pero era demasiado tarde. Trizano les había cortado la retirada y les obligaba ahora a defenderse en ese mismo sitio.

Desesperados con ese anillo de hierro que los circundaba y restándoles muy pocas municiones, decidieron hacer un último esfuerzo por romper el cerco que los aprisionaba. Montaron en sus cabalgaduras, al mismo tiempo que

Una captura difícil



Colocaban de escudo a sus pequeñuelos y partían a toda la velocidad que daban sus caballos

lanzaban a sus mujeres a la lucha, llevando a sus hijos amarrados a la espalda; los hombres por otro sector, trataban de huir a todo escape de caballo. Falló, sin embargo, la extratagema. Los cuatreros fueron cayendo uno a uno, pero, quedaba un grave problema. ¿Cómo desarmar a las mujeres? Estas se batían como leonas enfurecidas y no había medio de reducirlas a la impotencia. Colocaban de escudo a sus pequeñuelos, y haciendo un fuego vivísimo, partían a toda la velocidad que daban sus caballos. Con mucha dificultad los gendarmes lograron cortarles el paso y para ello tuvieron que proceder a enlazarlas, pues el Capitán Trizano había ordenado terminantemente no hacer fuego sobre ellas. Estas contemplaciones para con el bello sexo, estaban costando la vida de un gendarme, y otro quedaba lesionado en una pierna. Había sido un combate unilateral: los gendarmes recibieron un fuego graneado, que no les fué posible contestar.

Con todo ya creían los "Trizanos" haber dominado a sus encarnizadas enemigas. Mas, grande fué su sorpresa, cuando las vieron desenvainar grandes puñales, cortar rápidamente los lazos que las aprisionaban y emprender precipitada fuga. En esta emergencia, se ordenó perseguirlas a cierta distancia; haciéndoles fuego al aire, para que de este modo, fuesen gastando sus municiones. La táctica pronto dió sus frutos, y momentos más tarde, el sargento 2º Monroy, conjuntamente con 3 gendarmes diestros en "laceadura", se adelantaban y volvían a capturar a esas valerosas mujeres, dignas de una epopeya espartana. Una vez desarmadas, se pudo comprobar, que se habían rendido únicamente porque ya no tenían balas con que cargar sus carabinas.

He aquí, el temple del bandido de los campos australes.

Hombres y mujeres, no conocían el miedo. Tenían un desprecio tal por la vida, que, puestos en trance difícil, se la jugaban, palmo a palmo y morían con una maldición a flor de labios.

EL SOLDADO Y EL CABALLERO.—ROQUE SAENZ PEÑA Y TRIZANO

La guera de 1879, encuentra en Hernán Trizano, prestando sus servicios en el Ejército de Chile.

Había ingresado como simple soldado, y su bravura, espíritu militar y condiciones relevantes, lo habían llevado a la fecha de esta anécdota, al grado de sargento primero.

El Estado Mayor había impartido órdenes terminantes.

En los ejércitos enemigos, se estaban enrolando elementos extraños y era necesario, darles una fuerte batida que sirviera de escarmiento.

Se sabía que el señor Roque Sáenz Peña, servía al Ejército peruano con el grado de Coronel.

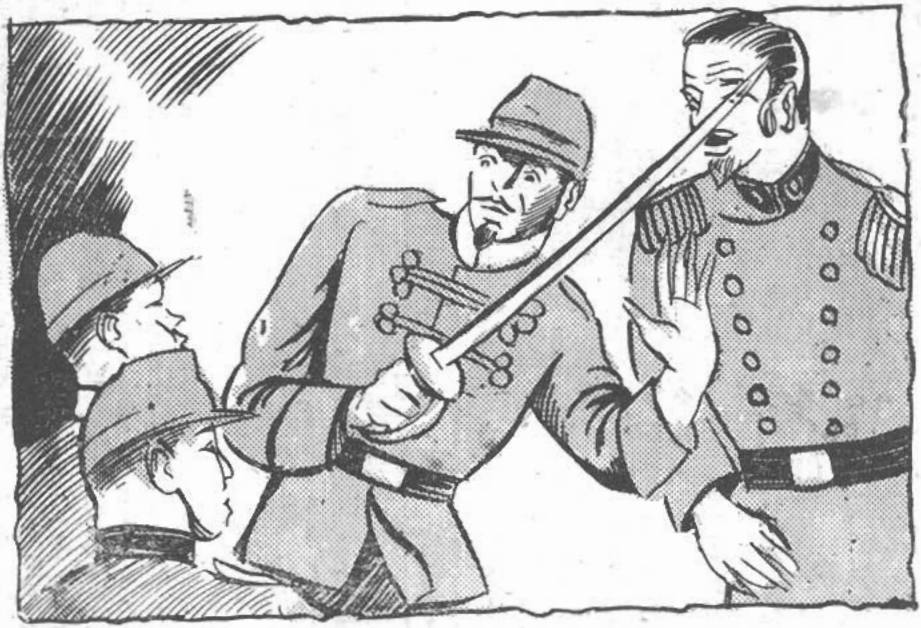
Así como él, había otros varios personajes que con el correr de los años, tuvieron figuración en la historia de sus respectivos países, que también servían en los ejércitos enemigos.

Trizano — como hemos dicho —, era a la fecha sargento, y comandaba una patrulla de diez hombres.

Desempeñando su cometido, en Arica le cupo el honor de capturar al coronel argentino don Roque Sáenz Peña, que a la sazón comandaba un regimiento peruano.

Tan pronto fué reconocido por la soldadezca, ésta pretendió vejarlo, pero el sargento Trizano se interpuso. Los soldados alentados, por la reciente acción de la captura, desobedecieron, y uno avanzó resueltamente, bayoneta en mano, dispuesto a ultimar a Sáenz Peña.

"EL SOLDADO Y EL CABALLERO": ROQUE SAENZ PEÑA Y TRIZANO



Había bajado de su cabalgadura y exponiendo su vida, protegía con su cuerpo al Coronel Sáenz Peña.

Trizano desenfundó su sable de caballería y, rápido como el rayo, repartió hachazos a diestro y siniestro. Habíase bajado de su cabalgadura, y exponiendo su vida, protegía, con su cuerpo, el del Coronel Sáenz Peña.

En estas condiciones, se batió cerca de quince minutos, hasta que logró convencer a la tropa, que su deber no consistía en ultimar al prisionero, sino que entregarlo sano y salvo ante sus jefes.

Y, de este modo, Trizano salvó la vida al señor Sáenz Peña, con evidente riesgo, de perder la suya.

Terminó la guerra y los años volaron. El prisionero fué devuelto y se incorporó más tarde a la política activa de su patria.

De tiempo en tiempo, Hernán Trizano recibía cartas del mandatario argentino.

Todas ellas le recordaban aquella pasada ocasión.

Estaban escritas en estilo sencillo; eran una prueba de su amistad agradecida. Era la época en que el señor Sáenz Peña, regía los destinos de la República Argentina.

Trizano ya estaba alejado de las filas del Ejército, cuando recibía la correspondencia del Presidente argentino. No gozaba de ninguna situación, por el contrario, vivía pobremente y debía hacer grandes sacrificios, para dar educación a su numerosa familia. El ex Coronel le hacía ofertas ventajosas, a base de cargos públicos bien rentados en la vecina República. Trizano no aceptó jamás.

Le parecía que recibir cualquiera compensación por el servicio prestado en aquella pasada ocasión, habría parecido interesado. Y de este modo, el jefe de la Gendarmería, ya entrado en años, y semi inválido, prefirió llevar una existencia llena de privaciones antes de aceptar un beneficio que no viniera del Gobierno de su país.

LAS MUERTES DEL "POZON". — UNA PELEA EN EL AGUA

Corría el año 1902, una noche en el punto denominado "Fundo Maipo", un grupo de bandoleros buscó seguridad en una casa de inquilinos, situada en las adyacencias.

Los recién llegados, procedieron de inmediato. La casa fué asaltada y el apetito de los maleantes no se sació con la abundante bebida que había en el interior de la pobre vivienda.

Dos muchachas de 14 a 16 años, fueron cobarde y salvajemente violadas, amarradas después, con fuertes ligaduras y arrojadas a las correntosas aguas de un brazo del río Cautín.

Una guagua que despertara sobresaltada, también cayó en manos de estos chacales con alma humana, y fué muerta a "cachazos" de revólver.

A esta ola sangrienta escapó una niñita de cortos años, que logró ganar la puerta trasera.

Eran más o menos las 4 de la madrugada, cuando la chica llegó desfallecida, por la larga carrera, hasta el Cuartel de la Gendarmería de las Colonias, del Capitán Trizano.

La muchacha no alcanzó a relatar lo que había visto.

Trizano comprendió. Cinco hombres lo acompañaron y siguiendo las indicaciones que daba la pequeña guía, partieron a todo lo que daban los caballos.

Antes de llegar al sitio denominado "El Pozón", los jinetes se desmontaron y desde lo alto de una pequeña colina pudieron ver la siguiente escena.

Dos de los bandoleros balanceaban en el aire, el cuerpo inanimado de las dos últimas víctimas. Eran los ancianos

Dos mujeres fueron cobarde y salvajemente violadas

dueños de casa que, conjuntamente con sus familiares iban a ser arrojados al fondo del río.

El capitán de la Gendarmería no observó más, y rápido, ordenó a sus hombres montar a caballo y en un par de minutos se dejó caer sobre los fascinerosos.

No obstante el escaso tiempo que demoró la maniobra, el crujir de las ramas, puso en aviso a los asesinos de la proximidad del peligro, y cuando tuvieron la certeza de él, picaron espuelas a sus caballos y se arrojaron a las correntosas aguas del "Cautín".

Trizano, desde la orilla hizo fuego con sus revólveres, pero la distancia, la corriente de las aguas y la obscuridad favorecían a los bandoleros.

Quitóse la manta y las espuelas y saltó en medio de la corriente nadando con una mano, mientras con la otra en alto, sostenía el revólver, a fin de evitar que se le humedecieran las balas.

El ejemplo y el arrojo de Trizano, tuvo imitación entre los hombres que lo acompañaban y todos ellos se lanzaron río abajo, en persecución de los fugitivos.

Era el amanecer; los fogonazos de las balas, el jadear de los caballos luchando con la corriente y las imprecaciones de los bandidos, defendiéndose desesperadamente, contribuían a que ese espectáculo fuera un auténtico drama cinesco.

Hemos dicho en más de una oportunidad, que el Capitán Trizano era un excelente nadador y hombre dotado de una contectura a toda prueba.

La indignación que le habían producido los hechos, lo tenían fuera de sí. De tiempo en tiemo sacaba la cabeza un poco fuera del agua y sus gendarmes oían la voz de trueno del jefe que gritaba: "¡Adelante, adelante!"

Diez minutos después de haberse arrojado al agua, el Capitán Trizano, nadaba muy cerca del jefe de la pandilla, segundos después, su mano derecha caía como tenaza en la pierna del malhechor y de un violento tirón, lo sacaba fuera de la montura.

Ambos, estaban ahora frente a frente y en iguales condiciones.

El bandido quiso disparar, pero Trizano desapareció un momento debajo de las aguas y emergió un segundo después, en la espalda del maleante. La lucha se hacía cada vez más apasionante. La respiración de ambos se podía oír fácilmente desde la orilla. El bandido no era hombre que pudiera ser dominado fácilmente, y a su vez, Trizano no dejaría escaparse de sus manos una presa como la que tenía a su alcance.

Por su parte, los cinco gendarmes hacían otro tanto. Cada uno imitaba a su jefe.

Veinte minutos habían transcurrido desde que Trizano se arrojara al "Cautín" para librar este singular combate, cuando su rival comenzó a dar muestras visibles de agotamiento. Ya no atacaba. Su defensa era cada vez más débil, circunstancia que aprovechó el gendarme, para asestarle una tremenda bofetada en la sien, que le hundió definitivamente. Luego después las aguas se abrieron y como una boca inmensa, tragaron lentamente el cuerpo ya sin vida del feroz asesino.

Asimismo, los gendarmes capturaron el resto de los bandidos, y de los seis que cometieron el asalto del "Pozón", dos quedaron vivos, los otros cuatro habían sido sepultados en el fondo del río, a muy pocos metros donde yacían los cadáveres de sus inocentes víctimas.

Los sobrevivientes de este horroroso crimen, fueron

conducidos por las calles de Temuco, custodiados por la Gendarmería para evitar que el pueblo entero los linchara.

Algún tiempo después, la Cárcel abría sus puertas y el público siempre ávido de emociones fuertes, pudo presenciar cómo dos cuerpos, caían acribillados por las balas de la justicia vengadora, de aquel salvaje crimen del "Pozón".

EL ALMA DE TRIZANO

Las necesidades del servicio llevaron al Capitán Trizano a situar su casa habitación al lado del Cuartel de la Gendarmería. El creía que así servía mejor la alta misión que le había encomendado el Gobierno.

El Cuartel, quedaba separado solamente por un corredor de fácil acceso a la casa de Trizano. Las cerraduras en aquellos tiempos no eran lo suficientemente sólidas y era cosa corriente, ver gruesas varas de madera haciendo cruzetas para mayor seguridad.

Una cruda noche de invierno, los "Trizanos" habían capturado a un peligroso bandolero de apellido Candia, y lo habían encerrado en un calabozo después de haberle remachado una gruesa barra de hierro en las piernas. Al día siguiente debía ser puesto a disposición del juzgado respectivo.

Empero, las seguridades de los captores no habían sido suficientes. Candia se había encontrado en otras peores, y ni los hierros, ni la obscuridad del calabozo, lo arredraron.

Sus manos cobraron increíble laboriosidad durante el cautiverio, y pocas horas después, la barra de grillos cedía ante los esfuerzos del preso y las tablas del piso del cuar-

to, se iban desprendiendo una a una. Candia abría un túnel valiéndose de los mismos hierros y horas más tarde, se encontraba en el pasadizo que daba a las habitaciones del Capitán Trizano.

Tenía los ojos dilatados por la larga vigilia, su cuerpo temblaba, no de miedo, sino de deseos de venganza.

Avanzó resueltamente, llevando en alto la barra de hierro de sus grillos. Abrió una puerta y sus piernas tropezaron con las camas de los hijos del Capitán Trizano. En aquel instante dormían. Era el momento propicio. ¿Qué mejor oportunidad para saciar su sed de venganza?

Levantó el brazo, y en aquel instante los ojos de Hernán 2.º Trizano se abrieron y miraron dulcemente a Candia.

Y aquel hombre que por azares del destino era malo, sintió que su brazo tiritaba; quería levantarlo nuevamente y librarse de la pesadilla de aquellos ojos inocentes y no podía. Un sudor frío le cubría la frente. Y, Candia, el feroz bandolero sintió en aquel momento renacer el sentimiento de padre. Sus grandes manazas teñidas de sangre en mil ocasiones, se posaron suavemente en las mejillas del niño, al propio tiempo, que sentía rodar dos quemantes lágrimas.

Se disponía ya a retirarse sin hacer daño, cuando oyó la voz de trueno de Trizano. El jefe de los gendarmes había oído los ruidos provocados por Candia, mientras preparaba su fuga. Lo había visto alzar su brazo frente a la cuna de sus niños y arrepentirse después.

El bandido se sorprendió y no atinó a defenderse; el revólver de Trizano estaba frente a su pecho. El criminal sollozaba y entre hipadas y ronquidos de dolor, le confesó:

—Deseaba castigar en sus hijos el mal que me han

Levantó el brazo, y en aquel instante los ojos de Hernán 2.o Trizano, se abrieron y miraron dulcemente a Candia.

hecho — dijo —, yo soy un mal hombre porque el destino me ha puesto en ese camino. Nunca he tenido una mano que me enseñe a ser bueno. Ya ve usted, he querido vengarme y no he podido. Los ojos de un niño me han desarmado.

Trizano escuchaba conmovido el relato. Reflexionó. ¡Quizás ese hombre tendría razón!

—¡Cállese!—ordenó—. Había tirado lejos el revólver. Su voz era ahora dulce y sus brazos estaban abiertos. En esa forma se acercó hasta el bandido, lo tomó fuertemente de las manos, mientras le decía:

—Olvide su pasado y no me mire más como su enemigo: seré para usted como un padre. Yo lo colocaré en la senda del trabajo y de la redención. Y uniendo la palabra al hecho, lo estrechó fuertemente contra su cuerpo.

Pasó el tiempo, y Candia se regeneró. Puso un pequeño taller de zapatería y allí vivió su vida remendando calzado y acariciando a los niños. Las botas de su amigo Trizano, llegaron muchas veces a sus manos laboriosas y de allí, salían primorosamente arregladas.

Con el rodar de los años, sus hijos crecieron y el contar de las hazañas de Trizano, entusiasmó a uno de éllos. Candia habló con su amigo el Capitán Trizano y meses después, el mozo vestía el glorioso uniforme de los Gendarmes de las Colonias.

Y esa amistad, surgida en tan curiosa circunstancia, fué haciéndose cada vez más estrecha y más sincera.

En los días de triunfo para el Capitán Trizano, se veía llegar jubiloso al zapatero Candia y tender los brazos a su viejo amigo.

El bandido de otrora era hoy un hombre de bien y de ello daba testimonio todo el pueblo de Temuco

Asaltado en su propia casa

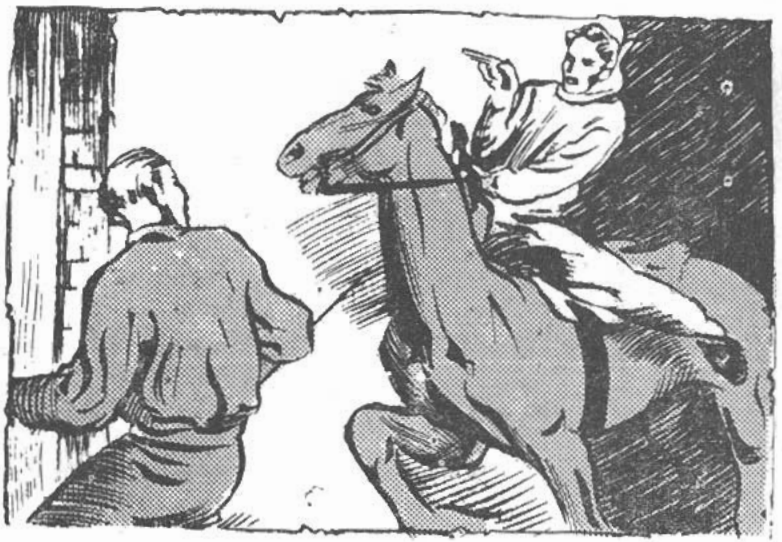
UN INTENTO FRUSTRADO

En la época en que actuaba Trizano, el cuatrerismo era algo organizado. Había personas que teniendo propiedades en la zona, aparecían ante los ojos de los demás, como grandes señores; sin embargo, examinando, adentrándose en sus negocios, no resultaba muy difícil lograr desenterrar que dichos caballeros mantenían gente especial, que se dedicaba al robo de animales: eran vulgares cuatreros.

Para estos "caballeros", la llegada de Trizano era una verdadera catástrofe. Significaba la pérdida de un negocio no muy limpio, pero bastante remunerativo.

Debieron pensar mucho, qué podían hacer con un

Asaltado en su propia casa



No alcanzó a dar un paso; dos balas pasaron rozándole las sienes

hombre de la talla moral de Trizano. Quisieron halagarlo, no se dió el halago; pretendieron seducirlo con dinero; era incorruptible; no quedaba, entonces, más que un solo camino: matarlo, y ese fué el que eligieron.

Tres individuos con una hoja de servicios bien nutrida de crímenes y asaltos recibieron la misión de dar muerte al jefe de la Gendarmería.

El plan para asesinarlo era el siguiente: ubicar la casa habitación de Trizano y durante varios días mantenerse en observación. Habían transcurridos los días, cuando vieron desde lejos que a las cinco de la mañana llegaba el lechero, hacía sonar su pito, se abría la puerta de la casa y Trizano en persona salía a recibir la leche.

La oportunidad no podía ser más propicia.

A la mañana siguiente, una carretela se detuvo a esa hora en la puerta del jefe de la Gendarmería. Un pito sonó.

Trizano en esos momentos tomaba su desayuno, y cuando oyó el silbido, dijo a su esposa:—esos vienen por mí; pero, urdieron mal la estratagema. Ignoran que el que sale a recibir la leche es mi vecino. Nosotros, como tú sabes, tenemos vaca en casa y no necesitamos de leche—.

Acto seguido, descolgó sus revólveres, llamó a su ayudante Pedro y le dijo:—sale por la puerta del sitio y vuela hacia la esquina; toma tu carabina y si vez que cuando aparezca en la puerta de calle, me disparan y caigo, hace fuego, de lo contrario, nó.—Deseo castigar esta audacia por mi propia mano.—

Un minuto después, la puerta de calle se abría y aparecía la figura baja de Trizano. No alcanzó a dar un solo paso: dos balas pasaron rozándole las sienes. El instinto de

conservación lo hizo tenderse y levantando en alto el brazo descargo sus dos revólveres. La mano certera del "Búffalo" chileno no falló. Uno de los bandidos perdió los estribos, el tiro, como siempre, le había taladrado la frente.

Los otros dos asesinos, emprendían precipitada fuga por la avenida Balmaceda, pero el barrizal impedía a sus cabalgaduras moverse libremente. Trizano corría por la vereda opuesta disparando sus armas. Un nuevo tiro hacía blanco en la espalda del segundo asaltante y el tercero acobardado ante el fracaso de su misión, se entregaba pocos minutos después.

Todo el barrio estaba en alarma; todos habían visto la espectacular captura y gozaban viendo a Trizano venir por el medio de la calle, conduciendo el caballo del único asaltante vivo y los cadáveres de los dos que osaran dar muerte al más valeroso de los hombres de su época.

Así terminó el intento de asesinato del Capitán Trizano.

VALOR DE BANDIDO

En cierta ocasión, el Capitán Trizano se encontraba excursionando con doce hombres en los alrededores de Temuco, un paraje denominado Labranza. (Hoy Aldea del mismo nombre). Como era su costumbre acortar caminos, deteniendo siempre a todo hombre que consideraba sospechoso, hizo hacer alto a un individuo que le inspiró desconfianza. El ojo avisor del Capitán no se había equivocado, se trataba de un peligroso bandido.

En el acto ordenó que uno de sus hombres se desmontara y revisara la marca que exhibía la cabalgadura de aquel desconocido. Estaba cumpliendo esa orden el gendarme Zapata, cuando, he aquí que a "boca de jarro" y en presencia del propio Trizano y sus doce acompañantes, el bandido descerrajó un certero disparo con su carabina recortada, que llevaba oculta debajo del "poncho". El cuerpo de Zapata rodó por tierra y antes que los presentes salieran de su asombro, el fascineroso "picó" espuelas a su caballo y dejándose caer por un precipicio que tenía más de quince metros de alto, lograba escapar en dirección al río.

En presencia de aquella audacia inaudita, no hubo más remedio que hacer fuego y pocos instantes después, el cuerpo del bandido quedaba flotando sobre las aguas.

El caballo del maleante, espantado, desconcertado, al sentir la violenta caída de su jinete, seguía nadando aguas abajo y a corta distancia, un cadáver empezaba a flotar.

Esta escuesta relación del hecho que anotamos, revela en forma elocuente el arrojo, valentía e intrepidez de los hombres que debió dominar el Capitán Trizano. Sabían que al rebelarse iban a una muerte segura, pero nada les arredraba. Según su propio decir, "vendían caro el pellejo".

"COYOCHO" MARTINEZ.—EL FUGITIVO DE CAÑETE

El año 1885, siendo Hernán Trizano, teniente del regimiento "Húsares de la Muerte", de guarnición en Angol, recibió orden de recorrer los campos vecinos a Cañete, con 25 hombres de su escuadrón, que se encontraba destacado

en Collipulli. Ocupado en esa tarea, una tarde pudo presenciar que un hombre era perseguido muy de cerca por una gran cantidad de indios, los que a "mata caballos" iban dándole alcance. Inmediatamente, el teniente Trizano, interpuso su tropa entre perseguido y perseguidores y haciendo "alto" a los indígenas, les interrogó el motivo, por qué deseaban capturar a aquel hombre. Los indios a una sola voz respondieron que se trataba de un ladrón reconocido que estaba asolando sus campos, y deseaban, por eso, hacerse justicia por sus propias manos. Hernán Trizano los oyó con detenimiento, y llamando en seguida al perseguido, le manifestó que explicara su situación. El interpelado respondió diciendo que eran calumnias y falsedades, protestando humildemente ser un hombre bueno y honrado. Las cosas las resolvió el teniente de Húsares rápidamente: no había cuerpo de delito y a él, no le constaba lo que pudiera haber hecho ese hombre. Su deber era protegerlo y dejarlo libre. Y así lo hizo, ante las protestas de los indígenas, que visiblemente molestos, se negaban a volverse tranquilos a sus reducciones.

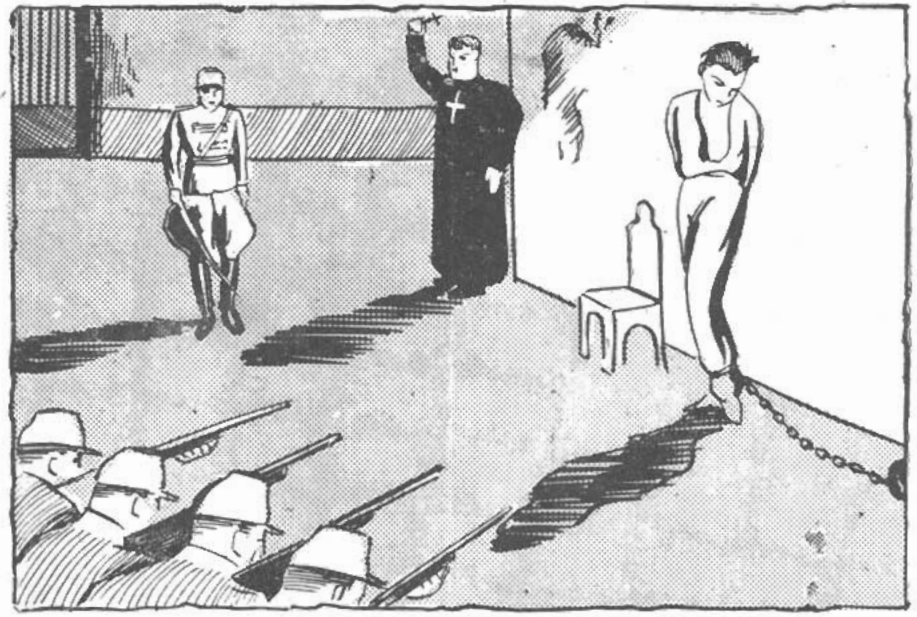
En cuanto al perseguido, lo acompañó personalmente hasta la entrada de Collipulli, como una manera de evitarle fuera víctima, de un nuevo ataque de parte de sus inconformes y porfiados enemigos.

Transcurrieron los años, y en 1902, se perpetraba el horroso crimen del Pozón, lugarejo distante cinco leguas de Temuco. Entre los bandidos capturados, culpables de ese hecho sangriento, se encontraba "El Coyocho Martínez".

Traído a presencia de Trizano, ahora comandante de la Gendarmería, lo miró fijamente de alto abajo y le dijo:

—Somos antiguos conocidos, ¿verdad?

"EL COYOCHO MARTINEZ": EL FUGITICO DE CAÑETE



Y así murió el célebre "Coyocho Martinez", sin una queja, sin un temblor, sin siquiera dejarse vendar la vista

—Sí, su mercé — contestó el bandido con humildad. A lo que replicó el comandante:

—¡Cómo le va, Martínez!

—Mal, señor comandante, ya lo ve usted.—

Trizano había reconocido en aquel hombre, al fugitivo de Cañete. Los años no habían borrado de su prodigiosa memoria la fisonomía de Martínez.

Desconcertado el delincuente con la escena relatada, sólo atinó a decir:

—Usted, mi comandante, me salvó la vida en Cañete, y estoy contento que sea un hombre como su mercé, el que me haya capturado: puede disponer de mí.—

—Así es la vida, Martínez — dijo el comandante. — Ahora, nada puedo hacer por ti, la Justicia te reclama y mi deber es ponerte a disposición de los jueces que te han de juzgar.

Tiempo después, Martínez, alias "Coyocho", era fusilado en la Cárcel de Temuco. Antes de caer atravesado por los proyectiles, sentado en el banquillo de los ajusticiados, dijo:

—Sé que voy a morir, pero me siento reconfortado, porque el hombre que me ha capturado es un valiente. ¡Hubiera sido una lástima haber caído en otras manos!

Y así tranquilamente, murió el célebre "Coyocho" Martínez. Sin una queja, sin un temblor, sin siquiera dejarse vendar la vista.

MOMENTOS DE ANGUSTIA.—VADEANDO EL "CALLE-CALLE".—EL SOLDADO JUAN DE DIOS HERNANDEZ

Encontrábase el comandante de la Gendarmería, a mediados del año 1897, persiguiendo algunos fugitivos, que

huyendo habían atravesado el límite de la frontera de la Provincia de Cautín, cuando lo sorprendió el invierno de aquel año, al otro lado del caudaloso río "Calle-Calle".

Las lluvias se desencadenaron en esa inhospitalaria región en forma despiadada y el río aumentó su caudal a tal extremo, que sus aguas arrasaron con todos los puentes y lanchas. El paraje semejaba a un gran lago y los temporales amenazaban continuar su obra desoladora. Mientras tanto, Trizano y su tropa, desesperados con esta situación imprevista — que ya se prolongaba por más de treinta días —, decidieron seguir adelante. Desgraciadamente, la determinación se tomó tarde; el río no se podía vadear, ni tampoco era posible largar balsas, pues constantemente las aguas arrastraban árboles y grandes empalizadas que fácilmente habrían volcado este improvisado medio de salvación. A todo esto, las provisiones disminuían en forma alarmante; ya no había forraje para los caballos y el hambre empezaba a hacer sus efectos en la tropa.

Cada día que avanzaba era peor; continuaba lloviendo sin cesar y parecía que se habían abierto las "cataratas del cielo".

En esa emergencia, el Capitán Trizano, previendo una verdadera catástrofe si continuaba detenido allí, ordenó a sus hombres, — afrontando graves peligros, — pasar el río a nado. Se estaba organizando esa faena, cuando Trizano notó que uno de sus gendarmes tenía su cabalgadura en muy mal estado. Le insinuó que la cambiase por la suya. El soldado se resistió, pero entonces su jefe le ordenó perentoriamente y hubo de obedecerle. Llegados a la orilla del caudaloso "Calle-Calle" y dada la orden de atravesarlo, se encontraron con que la corriente llevaba aguas abajo, gran cantidad de troncos, quilas y ramas que impedían

todo esfuerzo para nadar. Cruzar el río, cuyo ancho era de unas 4 o 5 cuadras, era una temeridad. Varias veces se intentó aquella empresa de titanes, pero los elementos impedían la realización de la hazaña. Todas las reflexiones quedaron a un lado, ante la imperiosa necesidad de salir del aislamiento. Un golpe seco en el agua y después, el jadear de los caballos, entre la maraña espesa de troncos y empalizadas que flotaban.

Los animales avanzaban penosamente. En la orilla el gendarme Juan de Dios Hernández, seguía con la vista el lento avance. De pronto, vió sumergirse el caballo del Capitán Trizano. El animal había sido alcanzado por un tronco, recibiendo un fortísimo golpe. También el jinete debía estar herido, porque Hernández veía los desesperados esfuerzos de su jefe por ganar la silla.

En esas condiciones era evidente que las correntosas aguas darían fácil cuenta del bravo Capitán, si no se le prestaba auxilio inmediato.

Hernández era un excelente nadador. Rápido se quitó las ropas y se tiró al medio de la corriente, y nadaba, luchando desesperadamente para no ser arrastrado.

Trizano, entretanto, se hundía bajo el peso de su gruesa manta; las espuelas le impedían moverse libremente y una pierna comenzaba a inmovilizársele. El animal sacaba de vez en cuando la cabeza fuera del agua y lanzaba violentas coces.

Todo se conjuraba. Hernández estaba ya cerca de su jefe, pero no podía tomarlo. La manta se le había ido a la cabeza y no distinguía a su caballo de su salvador. En efecto, cuando el soldado pretendía cogerlo, las espuelas se le clavaban con fuerza en la cara. Trizano creía que era su cabalgadura quien lo empujaba...

Un hecho providencial vino a salvarlo; un tronco volvió a chocar con el cuerpo del Capitán y lo hizo desacirse de las riendas, circunstancia que aprovechó Hernández para cogerlo con una mano, mientras con la otra se afirmaba en uno de los palos flotantes.

Sólo entonces Trizano vino a comprender lo ocurrido; pero ya era tarde. El soldado tenía la cara sangrando a consecuencia de las punciones causadas por las espuelas de su jefe y éste, a su vez, tenía la cadera derecha fracturada.

Ambos habían estado a punto de perecer ahogados.

Esta audacia le costaba muy caro al jefe de la Gendarmería.

En contra de la voluntad de sus subalternos, no quiso hacer cama ni lo arredraron los agudos dolores que importaba aquella fractura. Montó su caballo y continuó viaje en esas condiciones hasta Temuco y nunca aceptó hospitalizarse, pretextando falta de tiempo.

Aquella fractura, mal cuidada, fué la consecuencia lógica para que años más más tarde, se le produjera casi una total paralización de la pierna derecha y le impidiera —cuando obtuvo su retiro—, laborar en actividades que le demandaran algún esfuerzo físico.

Regresado al Cuartel, don Hernán, premió como se merecía al soldado Juan de Dios Hernández.

Hizo formar en el patio del Cuartel a sus gendarmes y después de citarlo en la "Orden del Día", le notificó que desde ese momento era ascendido a Sargento 2º, por su brillante y destacada actuación en el río "Calle-Calle".

Pasaron muchos años y Trizano estaba ya retirado, en el ocaso de su vida, cuando supo la infausta noticia que su recordado Sargento 2º, Juan de Dios Hernández,

Ambos estaban a punto de perecer ahogados

que a la sazón era palanquero de un tren de carga, había sido atropellado y muerto por el propio tren que conducía, en la Estación de Cajón, distante 15 kilómetros de Temuco. La trágica noticia la recibió Trizano en el mes de Junio de 1908 a las 11.30 de la noche. Llovía torrencialmente y se había desencadenado una tempestad, que más parecía una protesta del firmamento por aquella injusta muerte. Sin embargo, ello no fué obstáculo, para que el antiguo jefe de la Gendarmería, inválido como estaba e imposibilitado para montar a caballo, partiera a pie por la línea y recorriera 15 kilómetros hasta llegar a Cajón, para ver por última vez los restos del Sargento Hernández y disponer se le diera piadosa sepultura, como lo merecía aquel esforzado y anónimo servidor de la Nación.

Así pagaba sus deudas y así recordaba a su tropa el glorioso Gendarme.

FRENTE A LA MUERTE.—UNA AVENTURA PELIGROSA Y UN ESCAPULARIO SALVADOR

Si al Capitán de la Gendarmería de las Colonias le hubiesen dicho donde se encontraba la muerte, habría ido a buscarla.

Hacía ya algun tiempo que Trizano buscaba una banda de cuatreros que asolaba la región. De tiempo en tiempo le llegaban noticias de que habían sentado sus reales en tal o cual región. Ensillaba sus mejores caballos y elegía lo mejor de su tropa y salía...

Largas e interminables noches pasadas en plena montaña, no lograban dar indicio alguno de la madriguera que tan ansiadamente buscara.

El invierno ya se había ido y la llegada de la primavera se hacía anunciar con los primeros calores.

Aquella mañana, regresaba a su Cuartel, cuando tuvo unos datos que lo preocuparon seriamente durante la hora de la comida. Se mostró taciturno, poco habló y sus Gendarmes lo vieron tenderse en su cama de campaña y quedar con los ojos abiertos y en actitud meditativa.

Así llegó el amanecer de un nuevo día.

Cuando Trizano salió aquella mañana, después de sus cavilaciones, nadie lo habría reconocido.

Un hombre de aspecto miserable y de largas barbas, avanzaba lentamente y daba sus últimas instrucciones.

Trizano era un artista de la caracterización.

El, saldría aquella mañana hacia un sitio donde se encontraba la banda. Sus soldados en número de diez le seguirían a larga distancia. En caso de peligro haría sonar un pito y sus hombres deberían caer súbitamente en defensa del Capitán..

Así combinado el plan, Trizano partió en dirección hacia la montaña. Ya hemos dicho que su disfraz lo mostraba como un pordiosero.

En la diestra llevaba un saquito de cuero y en su interior algunos restos de comida. Habilmente ocultos entre los pobres vestidos, el Jefe de los Gendarmes, llevaba dos revólveres de 7 tiros cada uno y, prendido del pecho un tercer revólver de pequeño cálibre, que más que un arma, parecía un juguete. Trizano iba montaña adentro, zigzagueando, deteniéndose de trecho en trecho y aguzando el oído.

A lo lejos sintió ruidos, tomó inmediatamente esa ruta. Poco a poco, se fué dando cuenta que desde el fondo de una quebrada salía humo. Se acercó más aún y pudo ver, como cinco hombres estaban sentados alrededor de un abundante "asado al palo".

El olor de la carne le llegaba claramente a sus narices, cerca de allí se veían varios cueros de vacunos salados y puestos en estacas. No cabía ninguna duda, eran éstos los hombres que él buscaba...

Cuando estuvo frente a ellos, Trizano se dobló más aún y con voz lastimera les pidió algo de comer.

Los bandoleros lo miraron con recelo, pero cuando vieron su aspecto miserable y lo exiguo de su talla lo convidaron a sentarse. Habían cambiado algunas frases y ya Trizano se disponía a comerse un trozo de carne, cuando sintió que dos brazos potentes lo tomaban por el cuello. Estaba descubierto.

Hizo esfuerzos desesperados por desprenderse, pero, uno de los maleantes le colocó una rodilla en el estómago, mientras los otros cuatro, lo reducían a la impotencia, despojándolo de sus dos revólveres que llevaba a ambos lados del cinturón.

En la lucha, las barbas postizas habían caído y eran ahora los bandoleros los que se las colocaban y ridiculizaban al Jefe de los Gendarmes, que yacía tumbado y fuertemente asegurado de manos y pies.

El bandido de los campos, tenía en aquella fecha una tradición religiosa acendrada: antes de sacrificar a sus víctimas, siempre les dejaban varios minutos de tiempo para que rezaran oraciones y les permitían besar alguna imagen religiosa. Aún más, en los casos en que éste no la llevaba consigo, cualquiera de los malhechores se llevaba la mano al pecho y extraía un sudoroso escapulario, el cual colocaban dos y tres veces en la boca del sacrificado.

Por eso, Trizano conocedor de esa vieja costumbre y viéndose perdido les pidió como última gracia, le desatarán una mano para besar su escapulario.

Los bandidos no podían negarse. Uno de ellos se sentó a su lado y cauteloso le quitó las amarras del brazo derecho.

Trizano, apenas sintió su brazo libre dió una tremenda bofetada al bandido y rápidamente, tomó el pequeño revólver que llevaba colgado del pecho y disparó.

El cuatrero que estaba al frente, rodó por el suelo.

Un segundo, quiso tomar la carabina que estaba más próxima, pero, ya Trizano estaba sobre él y con la única mano libre le asestaba otra bofetada al tiempo que se llevaba el pito a la boca y daba la señal de alarma.

No pudo hacer más. Uno de los bandidos habíase ya repuesto, y, como gato saltaba por encima de la fogata y asestaba a Trizano un golpe con la culata de su carabina que lo hacía rodar, yendo a caer a la orilla de la fogata. Las lenguas de fuego comenzaron a producirle quemaduras en la cabeza y mejilla derecha y, talvez hubiera sucumbido allí el bravo Trizano, si no hubiesen llegado tan pronto sus Gendarmes atraídos por el pitazo convenido.

La llegada de refuerzos produjo desconcierto.

Los bandidos no estaban preparados. Uno de ellos yacía tendido largo a largo a consecuencia del certero disparo del Capitán Trizano. Otro tenía una fuerte hemorragia nasal, causada por las bofetadas y cabezazos que le propinara el bravo gendarme y el resto, no esperaban un ataque tan súbito.

En estas circunstancias, la llegada de la Tropa y la primera descarga al aire, provocó el rendimiento. La banda había quedado deshecha.

Muerto el jefe de ella; gravemente herido otro y los cuatro restantes reducidos a la impotencia, fueron conducidos convenientemente amarrados al Retén.

Un hombre de aspecto miserable y de largas barbas, avanzaba lentamente

En cuanto a Trizano, quedó bastante maltrecho. Por su Cuartel pasó lo más granado de aquella fecha a rendirle el tributo de su admiración y respeto. Hasta su muerte, conservó demostraciones de las quemaduras en la cara y no se deshizo jamás, del pequeño revólver que en aquella ocasión le salvara la vida.

"LES DARE EN EL GUSTO".—UNA HUIDA HACIA EL CEMENTERIO.—COMBATIENDO EN LOS CERROS DEL NIELOL

Era el año 1902 y el vasto territorio que se le había confiado a la Gendarmería de las Colonias, pasaba por un período de paz y tranquilidad que llamó bastante la atención de su Capitán y Comandante don Hernán Trizano. En efecto, esa tregua inesperada lo tenía seriamente preocupado y aún no salía de sus cavilaciones, cuando he aquí, que sorpresivamente aparecen nuevas partidas de foragidos haciendo toda clase de depradaciones en los campos y caseríos; especialmente, en los alrededores de Temuco, donde habían sentado sus reales. En forma inusitada, recrudecieron los salteos y asaltos a las 12 del día y los indefensos colonos de aquellas soledades, se sentían profundamente alarmados. El breve "descanso" que se habían proporcionado los bandidos, lo ocuparon en prepararse y organizarse militarmente; adoptando una táctica estudiada, para convencer al Capitán Trizano, que esos campos estaban libre de sus acechanzas y en consecuencia, no había necesidad de mantener efectivos numerosos, en los diversos Retenes de la provincia de Cautín. En otras palabras, se deseaba obtener, que Trizano debilitara sus tropas en ese sector y las aumentara en Valdivia o más

El combate se prolongaba por espacio de más de una hora

al sur. Así, se sorprendería desprevenido al Capitán y muy pronto, se podrían exterminar las escasas tropas que cubrían la Guarnición de Temuco. Felizmente, el sagaz Capitán de Gendarmes se dió cuenta a tiempo, de esta estratagema y se preparó convenientemente.

El cabecilla que había tomado el mando supremo de los bandidos, y a su vez, fraguado todo ese plan, era nada menos, que un ex presidiario, liberto condicional durante la Guerra del Pacífico. En esa oportunidad, le cupo una

actuación destacada en la campaña de la Sierra, en calidad de guerrillero. Individuo audaz y peligrosísimo, sufrido y valiente a toda prueba,—sabía organizar a su gente y hacerse obedecer.—

Estos eran en síntesis los antecedentes del hombre, que deseaba atraer a una emboscada al temerario Trizano.

Sabedor, el Jefe de la Gendarmería, de la clase de individuo que tenía por delante,—dormía se puede decir— "con el arma en el brazo". Efectivamente, como lo había pensado, un día por la tarde, se presentó al Cuartel un viejecito. Con mucho sigilo le manifestó, que al pie del Cerro de las Monjas de la Providencia, merodeaban algunos sospechosos. Este era el anzuelo. El Capitán lo escuchó atentamente y luego después, tomó sus medidas, ordenando en el acto, que once hombres escogidos,—entre ellos—el célebre Sargento 1.o araucano, Mellín, se trasladaran al sitio indicado.

El propio Trizano tomó el mando de esta tropa y se dirigió hacia los cerros del Nielol.

Informados los bandidos que, los Gendarmes estaban a tiro de sus Winchesters, salieron un segundo de sus parapetos para hacerse ver y luego cuatro de ellos, partieron en veloz fuga en dirección al Cementerio de Temuco. Trizano al darse cuenta de la maniobra, emprendió él, la persecusión con dos gendarmes, diciendo al Sargento Mellin, que tratara por todos los medios posibles, de arraigar en aquel sitio a los restantes, que en número de doce, hacían violento fuego. Le recomendó especialmente al Sargento, que procura entretenerlos con un fuego dilatorio, o sea amarrarlos en sus propias guaridas. Impartidas estas

instrucciones, Trizano con sus dos hombres, siguió tras los fugitivos, diciendo:—Ya que estos huyen hacia el Cementerio, les haré su gusto, quedarán allí mismo.—

Cumplió su palabra el Capitán y después de breve tiroteo dentro del Campo Santo, los cuatro bandidos quedaban tendidos para no levantarse más. Terminada esta misión, regresó precipitadamente al Cerro de las Monjas, pudiendo comprobar, que los bandidos habían "despachado" a tres de sus Gendarmes.

Sin pérdida de tiempo, ocupó los claros dejados por las bajas y cambió de posiciones a sus hombres, ordenando un fuego muy vivo. Todo fué inútil: la tropa no podía hacer puntería. Los malhechores habían construído magníficas trincheras con parapetos de tierra y troncos de árboles, desde donde contestaban certeramente y con grandes probabilidades de éxito. El combate se prolongaba ya por espacio de más de una hora y el intenso tiroteo se oía en todo el pueblo. Trizano y sus Gendarmes estaban exacerbados por las bajas sufridas. Aquello no podía continuar. Una voz se oyó y luego después, los Trizanos salían de su escondite y cargaban pecho al frente, obligando a los bandidos a salir de sus madrigueras.

No se oían ya los fogonazos, sino que el chocar del arma blanca. Era una lucha cuerpo a cuerpo, puñal en mano, pues en aquel ataque no servían las armas de fuego. En la refriega fueron cayendo uno a uno, los bandoleros y Trizano que manejaba habilmente el cuchillo, logró después de cruenta lucha, junto con sus valientes soldados, reducir a la impotencia a los desalmados.

Por esta hazaña heroica, el Capitán Trizano, recibió

una honrosa felicitación de parte del Ministro del Interior al mismo tiempo, que ese alto funcionario le pedía, trajera a Santiago cuatro de sus Gendarmes, para conocerlos personalmente. Accediendo a la citación del Ministro, concurrieron Trizano y cuatro de sus valerosos Gendarmes; correspondiéndoles este honor a los "Lillo", padre e hijos. Eran estos hombres muy fornidos y de una estatura superior a un metro noventa centímetros.

El representante del Gobierno, recibió en audiencia a aquella brillante delegación, departiendo cariñosamente con cada uno. Los felicitó efusivamente y les hizo objeto de delicadas atenciones y regalos.

La prensa metropolitana de aquellos días, celebró alborozada el rasgo del Ministro del Interior y la presencia en la Capital, de esos cuatro gigantes, acompañados del ya célebre Capitán Trizano.

Todos lucían, el vistoso uniforme de la Gendarmería de las Colonias por calles y plazas, llamando justamente la atención del vecindario santiaguino, poco acostumbrado a ver un tipo de hombre de la calidad de los "Trizanos".

Pecaríamos de inexactos, si no destacáramos un hecho que guarda íntima relación con la anécdota que antecede y que, retrata de un modo especial, los desvelos del Capitán Trizano para con la sociedad de ese tiempo.

El Jefe de la Gendarmería guardaba un profundo respeto por las Monjas del Convento de la Providencia, cuyo Claustro está situado al pie del Histórico Cerro Nielol, en Temuco. Las mencionadas religiosas, hasta hoy, mantienen un pensionado para señoritas y a la vez un asilo para huérfanos, donde reciben vestuario, comida, e instrucción varios cientos de "mapuchitos" de ambos sexos. El Convento en aquellos años estaba bastante lejos del barrio ur-

bano y por consiguiente, fué siempre una presa muy codiciada de los merodeadores y bandidos.

Hernán Trizano, sabía el peligro a que estaban expuestas esas bondadosas mujeres y sus educandos, y en previsión de cualquier atentado, mantenía de punto fijo en ese sitio a cuatro de sus mejores hombres. Facilmente se comprenderá entonces, porque el ex presidario y capitán de bandidos, sabedor de la estimación que profesaba Trizano a las Monjas de la Providencia, le enviara un mensaje, atrayéndolo a la celada preparada en el Cerro, y que costó la vida a tres gendarmes.

Muchos años más tarde, encontrándose de paso en Valparaíso, un hijo de Hernán Trizano (Hernán 2.o), fué reconocido por una de las Monjas, a las que su padre sirvió y defendió de los malhechores. La venerable mujer, al identificarlo como hijo del intrépido Capitán, que tantas veces expuso su vida por servirlas, conmovida y casi ahogada su voz por la emoción, le dijo:

—A su padre le debemos la vida y la tranquilidad de que disfrutamos en Temuco.— ¡Cuánto se sacrificó por nosotras, hace 35 años! Y, agregó.— Dios quiera que los sacrificios realizados por su padre, sean premiados con creces por el Divino Hacedor.—

Corría el mes de Septiembre de 1926 y dos meses más tarde, don Hernán Trizano (Padre) dejaba el mundo de los vivos.

UNA TERTULIA INTERRUMPIDA.—EL CONVIDADO DE PIEDRA EN UNA NOCHE DE JUERGA

Hacía muchos años que Trizano se había retirado a la tranquilidad de su hogar.

Un día, supo que antiguos bandoleros y descendientes de otros a quienes él había puesto a disposición de la Justicia pensaban asesinarlo en forma espectacular, para vengar la muerte de sus antepasados y amigos.

Los bandoleros para celebrar, anticipadamente su venganza, dispusieron una alegre juerga con guitarras y abundantes libaciones, sin sospechar jamás, que Trizano ántes de pocos instantes, estaría entre ellos. Los foragidos estaban en el mejor de los mundos.

En aquella tertulia fraguarían el plan que terminaría con la azarosa vida de Hernán Trizano. Los diabólicos contertulios hallábanse reunidos en una casa cercana al antiguo Puente Temuco, en el camino a Imperial. Los criminales bebían y entre sorbo y sorbo, se disputaban el "honor" de dar muerte al ex Jefe de los Gendarmes. Por sus mentes afiebradas, no cruzaba la más remota idea de que en breves momentos, tendrían delante al que tanto buscaban.

Tres golpes secos se oyeron en la puerta de calle y ante el asombro general, aparece recortada en el marco, la figura de Trizano, apoyado en su grueso bastón. Uno de sus hijos lo acompañaba. Sereno, avanza resueltamente, hasta colocarse frente a ellos y con voz enérgica y decidida, les dice:

—¿Necesitan a Trizano?.—Aquí lo tienen.—¿Qué se les ofrece? ¿Dónde está el que ha de asesinarme?

Los bandidos no podían salir de su estupor.

Sin duda alguna, Trizano había sabido por alguien lo que se tramaba contra él. Nadie de los presentes se atrevió a levantar la vista. Todos humildemente le presentaron sus excusas y leal adhesión. Entonces Trizano indignado, les increpó su actitud cobarde, enrostrándoles su proceder

y luego, después, cambiando la fisonomía desafiante que traía, los exhortó a seguir por el buen camino; citóles ejemplos de honradez y trabajo y finalmente, les manifestó que no daría cuenta de este incidente a la policía.

Antes de retirarse, agregó:

—No deseo ser un obstáculo para que se interrumpa esta fiesta: pueden seguir tranquilamente y si me necesitan en otra oportunidad alcancen a mi casa; vivo en Balmaceda N.o 1347, en donde siempre me encontrarán a las órdenes de Uds.—¡Caballeros, buenas noches!

Y volviendo la espalda, abandonó paso a paso, la pequeña pieza, con la misma serenidad con que había llegado.

Ni uno sólo se atrevió a ganar la puerta; nadie osó siquiera interponerse ante la ancianidad de aquel hombre, que aún frente a los mayores peligros, supo ser bravo y también generoso.

RETIRADO DE LAS FILAS

AÑOS DE AMARGURA.—LA LEGION EXTRANJERA Y LAS MINAS.—NO QUERIA SER UNA CARGA PARA EL ESTADO

El año 1905 trae a Hernán Trizano, una triste noticia: su retiro de las filas.

Dicen los testigos que cuando el bravo Capitán de Gendarmes abrió la carta, le tembló la barbilla, se volvió hacia los presentes y dando un hondo suspiro exclamó:

—No me había dado cuenta que empiezo a envejecer; el Gobierno se encarga de recordármelo.—

Y en realidad, este hombre extraordinario que durante 27 años estuviera prestando servicios a la causa del orden, sacrificando su salud, su porvenir y el de su familia, no había reparado que por preocuparse de la ajena tranquilidad, había descuidado la propia. La carta de notificación del Gobierno le colocaba delante de una dolorosa realidad.

Su vida en adelante debía ajustarse a un presupuesto exiguo, menos de $ 400 al mes; esa era su jubilación.

Hernán Trizano, tenía nueve hijos, todos en estado de recibir educación. Carecía de bienes de fortuna; una pequeña casita, ubicada en la Avenida Balmaceda era todo su haber.

El correr de los años le fué demostrando a el exjefe de la Gendarmería de las Colonias, cuán difícil era vivir con una pensión de $ 400.

Su casa tuvo que ser hipotecada y más tarde los intereses de esta deuda eran la pesadilla de Trizano.

Inválido como estaba, se le veía cruzar las calles de Temuco, apoyado en un grueso bastón de guindo y traginar de un lado hacia el otro, buscando algun negocio, tratando de hacer algo.

Algunos años después, este hombre inquieto como las olas del mar, se interna nuevamente en las montañas cordilleranas, pero esta vez no en busca de cuatreros, sino que acicateado por el deseo de encontrar unas minas, cuyo secreto decía conocer.

Nuevamente los pesos se le escurren. Trata de interesar a una y otra persona en estas empresas. Nadie tiene fe en él. Y, así abandonado, pobre y ya la cabeza cana, Trizano nó ceja un instante en sus cateos y búsquedas.

La suerte no le acompaña en esta clase de negocios y en cambio sus años comienzan a pesarle demasiado.

Las minas le atraían; siempre en sus conversaciones hablaba de minas abandonadas en tiempo de la colonia, que guardaban tesoros fabulosos.

Sus amigos tenían una risita irónica...

Así llega 1914. Las primeras noticias de la Guerra Eu-

ropea lo empiezan a preocupar. Recuerda talvez con tristeza sus hazañas de los tiempos mozos.

Parece olvidar por un instante la fractura de la cadera, que con los años le ha ido agudizando los dolores y escribe a sus hijos Hernán y Kosusth, que se encuentran en aquella fecha en la Escuela Militar.

—Pórtense bien — les dice — y cada día apúrense más en sus estudios; en cuanto a mí, parece que abandono los negocios de minas y quisiera partir en el primer barco a enrolarme en la "Legión Extranjera" a servir la causa de los aliados... Y agregaba: —Comentan que soy un montón de huesos.—Sin embargo, con un fusil al brazo, todavía podría hacer algo...

Y la verdad, la cruel verdad, era que a Hernán Trizano, se le había alejado prematuramente de las filas. No era su vejez tanta, como para condenar a un hombre dinámico e inquieto, a pasar 21 años en una tranquilidad a que no se acomodó jamás, su alma impregnada de una sed inextinguible de aventuras.

Trizano se consumía vegetando en medio de un ambiente de incomprensión y de miopía. Por eso en las cartas que enviaba a sus hijos, dejaba entrever la amargura de una vida inutilizada, no por el tormento físico, causado por sus heridas, sino de sentirse amarrado fuertemente a una sociedad que comenzaba a serle hostil.

Trizano, había sido moldeado en otros tiempos. Tenía una pasta especial que le hacía ser en muchas ocasiones un inconforme. Había nacido soldado y la placidez hogareña y la comodidad que pudiera haberle proporcionado un retiro de las filas, era talvez, su más honda preocupación. Hasta en sus últimos años y en una

respetable ancianidad, el bravo Gendarme hubiera preferido buscar su osario en el anonimato de los campos de batalla, comandando un puñado de valientes legionarios, antes que reclinar su cabeza cansada, en la blanda almohada de su lecho de enfermo. Porque Hernán Trizano Avezzana antes que todo fué militar.

La vida de éste hombre, espejo de virtudes y de desinterés, se fué consumiendo lentamente en el retiro. Orgulloso por naturaleza, se negó durante varios años a aceptar la pensión que el Gobierno de aquella época le asignara, a pesar que su situación económica era de franco apremio. Su amigo personal, el recordado General don Basilio Urrutia, debió intervenir, hasta disuadirlo a fin de que recibiera el dinero que se había acumulado en Tesorería.

¿Qué mayor desinterés, qué mayor prueba de patriotismo que la de este hombre que después de 27 años de labor incesante, se negaba a recibir remuneración del Gobierno, pretextanto no necesitarla, cuando todos sabían que estaba en la miseria?

Y, es que aquel viejo soldado, que arrastraba penosamente uno de sus miembros, sufría intensamente al tener que aceptar una pensión de gracia. Creía hasta pocos meses antes de morir, que sus negocios mineros le darían cierta independencia económica que le permitieran no molestar al Estado. Trizano pensaba que era una carga para el Gobierno. Se desesperaba, cuando recordaba que recibía un dinero sin habérselo ganado. ¿Hay en nuestros días un hombre de ese temple moral? ¿Quedan ciudadanos que tengan tan acendrado ese sentimiento de dignidad? Si hoy día esos hombres ya no existen, por la menos resulta profundamente consolador, saber que

existieron y uno de ellos fué el Jefe de la Gendarmería de las Colonias, precursor del Cuerpo de Carabineros de Chile.

LA HERMOSA "HOJA DE SERVICIOS" DE HERNAN TRIZANO.

Don Hernán Trizano Avezzana, se retiró de las filas a fines del año 1905, con el Grado de Capitán en el Arma de Caballería, después de haber servido 27 años al Ejército y Gendarmería de las Colonias. Su brillantísima "Hoja de Servicios" cuyo texto copiamos íntegro a continuación, es el documento más hermoso que pueda exhibir soldado alguno. La participación destacada que le cupo en la Guerra del Pacífico, Campaña de la Araucanía, Organización y comando de la Policía Rural y Gendarmería de las Colonias, hablan por sí y constituyen el galardón más elocuente y honroso; del cual, con justicia se habría enorgullecido, no tan sólo un glorioso ciudadano sino que un héroe.

He aquí su hoja de servicios:

Campañas, acciones de Guerra, Comisiones y Condecoraciones. — "Hizo la Campaña del Perú y Bolivia, " desde el 20 de Agosto de 1879 hasta el 7 de Junio de " de 1880, habiéndose encontrado en los siguientes he- " chos de armas: en el asalto de San Pedro, el 15 de " Agosto de 1879; en el Combate del Monitor Peruano " Huáscar" con los buques chilenos "Abtao" y "Maga- " llanes", y los Fuertes de Tierra, en el Puerto de An- " tofagasta, el 28 de Agosto de 1879, bajo las órdenes

" del señor General en Jefe don Erasmo Escala; en el
" Asalto de Río Grande a inmediaciones de San Pedro
" de Atacama, el 10 de Septiembre de 1879, a las ór-
" denes del Capitán don José Miguel 2.o Ríos; en la
" Toma de Pisagua, el 2 de Noviembre de 1879; bajo
" las órdenes del señor General en Jefe don Erasmo
" Escala; en el Combate de Agua Santa, el 6 de No-
" viembre de 1879, a las órdenes del Teniente Coronel
" de Guardias Nacionales don José Francisco Vergara;
" en la batalla de San Francisco, el 19 de Noviembre
" de 1879, a las órdenes del señor Jefe del Estado Ma-
" yor del Ejército, Coronel don Emilio Sotomayor; en
" el Combate de Tarapacá, el 27 de Noviembre de 1879,
" a las órdenes del Coronel don Luis Arteaga; en el
" Combate de Los Angeles, el 22 de Marzo de 1880, bajo
" las órdenes del señor General de Brïgada don Manuel
". Baquedano; en el Combate de Pajonales de Sama, el
" 18 de Abril de 1880, a las órdenes del Teniente Co-
" ronel de Guardias Nacionales, don José Francisco
" Vergara; en la Batalla de Tacna, el 26 de Mayo de
" 1880, bajo las órdenes del señor General en Jefe del
" Ejército don Manuel Baquedano, y en el asalto y toma
" de los Fuertes y Plaza de Arica, el 7 de Junio de 1880,
" bajo las órdenes del mismo General en Jefe. Hizo la
" Campaña a Lima desde el 8 de Junio de 1880 hasta el
" 15 de Marzo de 1881 encontrandose en los siguientes
" hechos de armas: en el Manzano, el 27 de Diciembre
" de 1880, a las órdenes del Coronel don Orozimbo Bar-
" bosa; en el de Ates, el 9 de Enero de 1891, a las órdenes
" del mismo Coronel; en la Batalla de Chorrillos, el 13
" de Enero de 1881; en la de Miraflores, el 15 del mismo

" mes y año, ambas a las órdenes del señor General en Je-
" fe don Manuel Baquedano. Hizo la Campaña de Arau-
" co desde el 17 de Mayo de 1884 hasta el 7 de Junio de
" 1887. Comisiones: formó parte de una división de 400
" hombres de caballería, que a las órdenes del señor Je-
" fe del Estado Mayor del Ejército, Coronel don Emilio
" Sotomayor, tomó posición de Pozo Almonte, la Noria
" y demás oficinas intermedias, el 24 de Noviembre de
" 1879. El 29 de Noviembre del mismo año marchó a
" Chisca, en una división de quinientos hombres de caba-
" llería, al mando del Teniente Coronel Pedro Soto Agui-
" lar, con el objeto de cortar la retirada del Ejército
" enemigo, que al mando del General Buendía se dirigía
" a Arica. El 12 de Marzo de 1880 marchó, a las órdenes
" del señor General de Brigada don Manuel Baquedano,
" en la división que fué a tomar posición de la ciudad de
" Maquehua, lo que se efectúo el 20 del mismo mes y
" año. Formó parte de una división de las tres armas
" que, al mando del señor General de Brigada don Ma-
" nuel Baquedano, marchó en persecución del enemigo has-
" ta Tarata, el 23 de Marzo de 1880; formó parte de las
" fuerzas que, a las órdenes del Coronel don José Velaz-
" quez, Jefe del Estado Mayor del Ejército, asistieron
" al reconocimiento de las posiciones enemigas en el Alto
" de la Alianza, el 22 de Mayo de 1880. El 28 de Mayo de
" 1880, Marchó en persecución del enemigo, en una di-
" visión de las tres armas, al mando del Coronel don
" Pedro Lagos. Formó parte de la división que al man-
" do del Capitán de Navío don Patricio Lynch, expe-
" dicionó sobre los Puertos del Perú, hasta Paita, desde
" el 10 de Septiembre de 1880 hasta el 4 de Noviembre
" del mismo año. Formó parte de una división de las

" tres armas, que al mando del señor General de Bri-
" gada don Cornelio Saavedra, tomó posesión de la ciu-
" dad de Lima, el 17 de Enero de 1881. Por Decreto
" Supremo de 14 de Diciembre de 1887, pasó a prestar
" sus servicios a disposición del señor Ministro del In-
" terior. **Condecoraciones**: la H. Cámara de Senadores,
" en sesión de 15 de Diciembre de 1879, declaró haber
" merecido "Bien de la Patria" el Ejército expedicio-
" nario del que el interesado formó parte, y la H. Cá-
" mara de Diputados, en sesión de 17 del mismo mes,
" hizo igual declaración. Por Ley de 1.o de Septiembre
" de 1880 usa una medalla de plata con nueve barras,
" acordada a los que hicieron las Campañas al Perú y
" Bolivia y se encontraron en los hechos de armas que
" dicha Ley enumera. Por Ley de 14 de Enero de 1882,
" usa otra medalla de plata con dos barras, por haber
" hecho la Campaña a Lima y haberse encontrado en las
" batallas que en élla se indica".

Esta brillantísima y envidiable hoja de servicios, honra de su poseedor, le valió, en forma muy justa y merecida, sus ascensos a oficial, habiendo obtenido su Grado de Alférez Porta Estandarte, y destinado al Escuadrón de Húsares, de Guarnición en Angol, el 22 de Enero de 1885.

Fué allí en donde el Alférez Trizano, se hizo profundo conocedor de la región Araucana, que tanto habría de servirle posteriormente, como Jefe de la Policía Rural, y después como Comandante del Cuerpo de Gendarmes de las Colonias.

En sus continuas comisiones, recorría incansable-

mente la región, poniéndose en contacto con los caciques, jefes de reducciones Araucanas; compenetrándose del ambiente y costumbres de éstos.

Después del grado de Alférez (Porta Estandarte), en menos de cinco años asciende a Capitán, durante este tiempo, con tropas de línea cumplió varias misiones policiales, contra cuatreros y bandidos, desarmando grupos de facciosos que merodeaban en los alrededores de Collipulli y otros pueblos. (Fué felicitado por la Superioridad Militar).

Cumplidas estas misiones, se hace cargo de la Policía de Angol, manteniendo su grado en el Ejército.

Combatiendo el bandolerismo en el Sur, es ascendido a Mayor graduado, en espera de vacante y destinado a Santiago como Ayudante de la Comandancia de Armas y Estado Mayor.

En 1896 se le encomienda la organización de la Gendarmería de las Colonias, como una manera de exterminar el bandolerismo que se había corrido hacia el Sur del país.

Esta Gendarmería tenía la vigilancia de cuatro provincias, desde Bío-Bío al Sur, con sede en Temuco.

Designado por Decreto Supremo pasó a depender del Ministerio del Interior.

La aceptación de este cargo significó para Trizano darle un corte a su brillante carrera Militar. Desde ese instante, el Gobierno lo desligaba de las filas del Ejército para convertirlo en un funcionario.

Aún cuando sus compañeros de armas le aconsejaban, no aceptar la proposición del Gobierno, Trizano, sacrificó su porvenir y la tranquilidad que le brindaba su

cargo de Ayudante y consecuente con los deseos del Gobierno aceptó el puesto.

Llegó a media noche a la ciudad de Temuco y fué recibido en triunfo. La fama de sus hazañas se había extendido por toda la comarca y la sola presencia de Hernán Trizano, bastó para que los habitantes de esa vasta región se sintieran garantidos.

La misma noche de su llegada, ocurrió un salteo y sus improvisados Gendarmes recibieron el primer bautizo de sangre.

Finalmente, se cuenta que en Chorrillos apresó en persona a varios Oficiales Peruanos, entre los que se contaba un Jefe de alta graduación, de muy avanzada edad.

El propio Trizano, en una solicitud que elevó al S. Gobierno, y que tengo ante mi vista, dice:

"En la Batalla de Miraflores, en la persecución, tam-
" bién hice prisioneros a un General, a un Oficial y
" a un grupo de soldados. Al General, que era un ca-
" ballero ya de edad algo avanzada me permití decirle
" que conservara su arma, un lujoso sable curvo damas-
" quinado, y sobre todo de gran valor artístico. A veces
" principalmente en la Guerra, "'noblesse obligue", pero,
" éste mi procedimiento, que yo consideré cuerdo, de
" no haberlo desarmado. me motivó una buena repri-
" menda de parte de mis superiores".

El viejo soldado en la intimidad

SUS COSTUMBRES

Hernán Trizano Avezzana, vivió hasta su muerte en una casa quinta en Temuco, ubicada en la Avenida Balmaceda N.º 1347. Era su propiedad, humilde y salariega. Nunca nadie, vió entrar ni salir de ella una visita. La puerta de calle permaneció eternamente cerrada, hasta el momento en que hubo de abrirse para dejar pasar el cuerpo inanimado, del que fuera su dueño.

El interior era espacioso y rodeado de amplias galerías.

Allí vivía Hernán Trizano en compañía de sus hijos.

Como padre, fué recio para corregir las faltas de sus hijos. Los educó, en la áspera escuela de las disciplinas militares.

La quinta era para él, más que un trabajo, un entretenimiento. Al clarear el día, ya estaba Hernán Trizano pre-

parando el desayuno de sus hijos y despertándolos, para que cada cual cultivara un sector de la pequeña chacra, que mantenía en el interior de su propiedad.

Mientras enseñaba a los niños estas faenas, reía bulliciosamente, con las torpezas que se cometían durante el trabajo.

Terminada estas labores, los hacía tomar un pequeño descanso antes de sacarlos a 20 cuadras de distancia, en dirección al río Cautín y una vez frente al brazo del mencionado río, los hacía desvestirse y practicar toda suerte de ejercicios físicos, por espacio de veinte a treinta minutos. No eran obstáculo para el viejo Capitán Trizano, sus antiguas lesiones. El, comenzaba los ejercicios y pretendía rivalizar con su prole.

Estas excursiones diarias, terminaban con un baño, que consistía en atravesar dos y tres veces seguidas el brazo del río. Desde la orilla contemplaba los progresos de su familia, lamentando no poderlos acompañar en esta clase de pruebas, debido a la fractura de su pierna.

Dos veces a la semana, en el fondo de la quinta, limpiaba pieza por pieza, sus armas en presencia de sus hijos, al propio tiempo, que les explicaba su funcionamiento. A continuación, colocaba un blanco y empezaba la clase de tiro. Aún en los últimos días de su existencia, mantuvo latente el amor por sus viejas armas, las que cuidaba con especial dedicación y esmero.

Estas sesiones de tiro, como el resto de los ejercicios que hacía practicar a su familia, no excluían a sus hijas: Francia e Italia, debían concurrir y al igual que sus hermanos hombres, recibían instrucción.

Aquella práctica saludable, ha sido sin duda, la que

"EL VIEJO SOLDADO EN LA INTIMIDAD. — SUS COSTUMBRES"

De tiempo en tiempo, desenfundaba el curvo sable toledano de caballería; y en presencia de sus hijos explicaba los diferentes golpes de ataque y de defensa.

hizo que toda la familia de Trizano, sea vigorosa, diestra en el manejo de las armas y en violentos ejercicios gimnásticos.

Francia, tiene una exelente puntería y además, maneja el florete y sable, con singular maestría.

Si grande era su predilección por la armas de fuego, no lo era menor, por la esgrima.

De tiempo en tiempo, desenfundaba el curvo sable toledano de caballería y en presencia de sus hijos, explicaba los diferentes golpes de ataque y defensa. El florete, como asimismo el manejo del corvo y puñal, los conocía con gran perfección. Durante muchos años en la frontera, se conceptuó a Trizano, como un esgrimista de nota.

Era don Hernán, hombre de costumbres muy sobrias: no bebió ni fumó jamás. Sus hijos conociendo la aversión de su padre por esta clase de vicios se abstuvieron siempre de causarle algún mal rato.

No recibía visitas, ni frecuentaba Clubs. Se negó siempre a participar como socio activo ú honorario de Institución alguna. Ni siquiera perteneció a la Soc. de Veteranos del 79 de Temuco.

Amaba la vida sana. El vigor físico era para él, uno de los grandes complementos para triunfar.

Se levantaba diariamente a las cuatro de la mañana y yá al caer la tarde se recogía a sus habitaciones y hacía tertulia de 8 1|2 a 9 1|2 de la noche.

Era en aquellas oportunidades y en la intimidad de su hogar, cuando el viejo soldado relataba a sus familiares algunas de sus pasadas hazañas y andanzas por lejanas tierras.

Era en estas ocasiones, cuando se podía apreciar la extraordinaria memoria de Trizano. Hechos, fechas y nom-

bres casi ignorados, iban desfilando a través de sus recuerdos. De trecho en trecho y para dar mayor viveza a las escenas salpicaba las anécdotas con frases en inglés, francés, italiano o turco. Sin quererlo el inquieto soldado, daba a entender a su familia sus correrías. Y de éste modo transcurría apaciblemente la vida de un hombre tempestuoso, enérgico y poco amigo de la calma.

Muchas de esas noches, debieron herir años más tarde, el cerebro de sus hijos. Ellos como su padre sentían bullir en su alma la sed de aventuras... Y, de tiempo en tiempo y sin decir adiós, los mocetones robustos, iban dejando el alero solariego de la casa paterna. El viejo Trizano callaba y se encerraba en su pieza a sufrir en silencio el rudo golpe. Días después abandonaba su estado de pesadumbre y exclamaba: —No tengo de que quejarme.— Mis hijos llevan mi sangre y en la sangre de los Trizano hay un deseo constante de aventuras. — Es la Ley de la herencia. — Y, después de todo ¿que cosa soy yó, sino un aventurero en una época sin aventuras?

Pasaban meses y años, hasta que un día cualquiera, se le oía dar un grito de alegría. Tenía una carta en la mano y las piernas le tiritaban de emoción: Kosciusko estaba en Londres; Glaucus, batiéndose en el frente Italiano en la época de la guerra, y Tolstoy en Centro América. Todos batallando en lejanos países; todos corriendo el albur de la aventura.....

Trizano se sentía renacer. ¡Ah! Si el hubiera tenido diez años menos y su pierna buena, habría volado a reunirse con sus cachorros.

La existencia, sin olor a polvora, sin silbar de balas, sin el peligro de muerte a cada instante, no era vida para él.

"UN RAYO AGORERO": EL FIN DE TRIZANO SE APROXIMA

No moriré como mueren los hombres; cerraré los ojos sin pena ni gloria, como un estúpido en la cama.

Por eso Trizano, se consumía lentamente en la quietud de su casa solariega.....

UN RAYO AGORERO

EL FIN DE TRIZANO SE APROXIMA

Era el último invierno que Trizano iba a presenciar. Su casa, — como hemos dicho—, estaba situada en la Avenida Balmaceda, a dos cuadras del hermoso cerro Nielol. Todas las mañanas el viejo Gendarme salía al patio y desde allí extasiaba su vista en la contemplación de la foresta.

La montaña tenía para él un encanto especial. Desde el fondo de su Quinta saturaba sus gastados pulmones con el aire puro y vivificante, con olor a helechos y copihues, que la brizna mañanera llevaba hasta él.

El invierno de 1925 se anunció con crudeza. Aquella mañana Hernán Trizano, vió el cielo encapotado y revuelto. Una leve llovizna se dejaba sentir y hacía más perceptible el aroma montañez.

Contemplaba el rápido correr de las nubes, apoyado en su baston de guindo. Subitamente el cielo clareó y se sintió el estrépito del relámpago. Una tempestad eléctrica se avecinaba. Trizano llamó a sus hijos y en previsión de cualquier accidente les ordenó que retiraran del patio todos los objetos metálicos y se desprendió además, del revólver que llevaba eternamente consigo.

Se estaba dando término a la tarea de limpiar el patio, cuando se oyó una formidable detonación, acompañada del característico silbido del rayo. La Quinta se iluminó breves instantes. Trizano permaneció inmovil, estático, hasta el momento en que el rayo después de describir un semi—círcu-

la caza de algo novedoso, debió interesarse por la vida de aquel anciano recluído ahora, en el apacible retiro de su vieja casona de amplios ventanales.

El periodista pensaría en la ingratitud de los hombres, cuando estuvo frente a un anciano cuyo cuerpo, ya empezaba a doblarse, buscando el cómodo refugio de la madre tierra.

Es probable que ya las pupilas de Trizano estuvieran veladas, por ésa pátina lustrosa que antecede a la muerte. Sin embargo, todavía conservaba la plenitud de su juicio. Cuarenta y dos días después, sus ojos se cerraban para siempre.

Este reportaje concedido por Trizano, casi en los umbrales de la eternidad, tiene el mérito de ser uno de los pocos documentos exactos, acerca de su vida en los últimos años.

Esta razón nos mueve a reproducirlo íntegramente.

HERNAN TRIZANO EL COMANDANTE DE LA GENDARMERIA DE LAS COLONIAS

LAS CAUSAS A QUE OBEDECIO EL BANDIDAJE EN LA FRONTERA

LA HISTORIA DE UNA MINA FABULOSA

lo a su alrededor, se fué a clavar estrepitosamente a un metro y medio de sus pies.

Sus hijos estaban bajo la impresión del fenómeno atmosférico y no atinaban a hablar.

Trizano rompió el silencio y dijo: —Este es un aviso—. El rayo que acaba de enterrarse junto al pozo, debió haberme caído a mí. Y después agregó con desconsuelo: —Esto quiere decir que no moriré como mueren los hombres: cerraré los ojos sin pena ni gloria, como un estúpido en la cama.

Y tenía razón el valeroso capitán Trizano. Meses más tarde, una broconeumonía, lo hacía bajar a la tumba. Se cumplía el presagio: aquel hombre que debió perecer acribillado a balas; en el fondo de un correntoso río o perdido en la maraña sin fín de las montañas australes, lanzó su último suspiro debajo de los cobertores de su cama.

¿Fué aquel un aviso? ¿Fué un fatídico presagio?. Lo cierto del caso es que, el destino de Trizano tenía algo de burlón. Su vida en los últimos años pudo haber sido de regalía; sólo conoció pesares y miserias. Su nombre debería citarse en todas partes como un ejemplo y yace ahora en el olvido, ignorado. ¿Era éste su destino?

EL CELEBRE EXTERMINADOR DE BANDIDOS

Una entrevista para "Sucesos" 42 días antes de morir.

Con este título apareció con feha 4 de Noviembre de 1926, un reportaje hecho al capitán Trizano, por el Corresponsal en viaje de la Revista "Sucesos".

La popular revista, hoy desaparecida, envió a la frontera un redactor en visita. Sin duda alguna, el periodista a

La leyenda heróica me había hablado de un militar de apostura recia y correcta, de mirar de fuego, de energía insuperable y de destreza no igualada en el juego de las armas y de la guerra.

Se decía que había estado en las guerras civiles en el Uruguay y que en nuestra Guerra del Pacífico desempeñó las más difíciles comisiones.

El disparo de Miraflores, que precipitó la batalla y el triunfo definitivo de las armas de Chile, fué disparado por él.

Hombre disciplinado, orgulloso, audaz, debió ser un general, que lo habría sido de percepción rápida y de verdadera intuición estratégica.

La misma leyenda heroica, dice también, que este hombre tiene el cuerpo acribillado por las caricias de la Muerte, que él ha visto de cerca en mil escaramuzas diferentes, mientras recorría los bosques de la Frontera, en busca de los bandidos que sembraban el pavor en las almas.

Pumas y bandidos, nada le importaban a Trizano, que no "bajaba jamás de su caballo" que daba órdenes que sus subalternos no comprendían; pero que obedecidas al pie de la letra, resultaban enteramente eficaces.

También se ha engarzado al gran policial la liana del odio corrosivo y se ha dicho que era un ser tan sanguinario como el tigre, que como él gustaba del placer de derramar sangre. Detrás de esta leyenda de horror, iba el miedo de la gente, miedo cobarde, silbante, como la voz de las serpientes; y este miedo lo ha enroscado con su contacto frío y hediondo, toda la vida lo ha perseguido hasta su silla de enfermo donde recuerda su pasado. Parece animado de un fuego interior cuando dice:

—Si me amarraran a un caballo, porque no tengo resistencia en las piernas, haría hazañas como en mis buenos tiempos...

Sus mayores satisfacciones consisten en no haber pedido jamás nada a nadie; en que sus hijos sean tan fuertes como él y en adorar a sus hijas, una de las cuales se llama Francia, y es atlética como una hija de Esparta.

En Temuco me dijeron: ¿Quiere ver a Trizano? Vive en la calle de Balmaceda.

Llegué a la casita; llamé mucho rato; nadie me atendía; la casa parecía estar deshabitada; por fin, después de largos minutos de espera, oí ruido; salió una niñita de unos trece años.

—¿Está el señor Trizano?—le dije.

Pareció asombrada; más tarde supe la razón: a Trizano nadie lo visita; él no lo desea.

—¿Quién lo busca?

—Dígale que es un periodista de Santiago.

Desapareció la niñita; esperé pacientemente, de pie en el pasadizo, hasta que se abrió una puerta y apareció apoyado en un bastón un anciano de regular estatura, enjuto de carnes, firmes aún las vértebras, con las piernas arqueadas y la faz iluminada por unas pupilas de fuego. Aquel viejecito inválido que me sonreía era Hernán Trizano, el hombre de las leyendas.

Miré su aspecto miserable y su fisonomía honrada y franca. Dentro del silencio del momento, vibró toda mi reflexión y seguramente toda la historia heroica del soldado.

Me resistía a creer que aquel anciano medio destruído y abandonado, era el que había dado a la frontera la tranquilidad, el que había impedido que la profanación llegara

hasta las doncellas, que el ruído rompiera el sueño de los niños, o que el crimen cubriera de obstáculos la senda del progreso.

Yo quería hablar; pero no podía, quería decirle:

—¿No es Ud. el que dió la verdadera paz a estas provincias?

—¿No merece Ud. vivir en un verdadero fanal? ¿Qué han hecho de Ud.?

El, que está, seguramente, más emocionado que al entrar en acción de guerra, me mira y después de un largo esfuerzo, me dice:

—Dispénseme que lo reciba aquí; no puede entrar, no quiero que entre nadie en mi casa, no tengo cómo recibir....

Sin dejarme contestar, se hunde penosamente por una puerta, oigo el golpetear de su bastón y lo veo aparecer con una silla; comprendo que es un esfuerzo que lo abruma y me apresuro a ayudarlo.

Siéntese, señor—digo.

—Nó; si yo no me puedo sentar; es esta maldita pierna... Siéntese, no más...

Obedezco por no contrariarlo y me quedo mirándolo por varios segundos.

—Yo vengo de Santiago,—digo después,—para verlo a Ud., para oir su historia.

—No tengo historia; no vale la pena.

—¿Cómo no va a valer la pena? Si yo sé que Ud. es el verdadero padre de estas provincias...

Sonríe y dice:

—Algo trabajé; pero tuve buenos colaboradores.

Pasa sin transición a contarme sus hazañas de la guerra del Pacífico; luego me habla de Mazini, de Garibaldi,

"EL CELEBRE EXTERMINADOR DE BANDIDOS"
Una entrevista para "Sucesos", 42 días antes de morir

Me resistía a creer que aquél anciano medio destruído y abandonado, era el que había dado a la Frontera la tranquilidad

de la unidad italiana. Me cuenta que el caballo de Baquedano se llamaba Diamante; me cuenta una anécdota que la voy a consignar: El Ejército estaba mal tratado, un ejército que no se alimenta, puede considerarse entregado al enemigo. Acordamos, pues, las tropas, declarar la huelga del hambre hasta que llegara don Manuel Baquedano. Otro compañero y yo, fuimos los encargados de llevar el reclamo al General.

—Mi General, la comida es insoportable; la tropa se cae de fatiga y si no se alimenta, el enemigo dará fácil cuenta de ella.

El General frunce el ceño y dice:

—Váyase arrestado. ¿No sabe Ud. lo que dispone la Ordenanza, lo que exige la disciplina?

—Sí mi general; pero también sé lo que piden la vida y las necesidades de la campaña.

—¡Silencio! Es Ud. un insubordinado...

Me dí cuenta que la causa estaba perdida y recordando que Baquedano era el más fervoroso cristiano de su época, repuse con humildad no excenta de firmeza:

—Señor, la Virgen del Cármen que reina sobre nuestros corazones, me reveló que debía tomar sobre mí este delito de insubordinación, que se castigará severamente; pero al mismo tiempo sé, me lo reveló también la Virgen, que Ud. tiene el corazón más magnánimo que existe y comprendo que se dará cuenta de la gravedad de mi reclamo y podrá determinar por esta revelación que la Vírgen del Carmen, Patrona de nuestras armas, que me ha elegido a mí para decirle que Chile vencerá por vuestro intermedio...

El General me oyó atentamente, haciendo leves movi-

mientos con las manos. Saqué yo el escapulario de la Vírgen y lo besé. Entonces me dijo:

—Retírese; el rancho será mejorado.

Ríe Trizano y agrega:

—Era un buen soldado el General. Generoso y bravo... ¡La guerra se ganó a fuerza de "pana"!

Después de un momento de pausa, le digo:

—¿A qué se debió el vandalaje de la frontera?

—A una causa lógica, y no por eso menos cruel. Sepa, amigo, que a esos bandoleros los hizo la propia Patria.

Se reconcentra y sigue:

—Cuando se declaró la guerra del Perú se llevaron al Norte a todos los presidarios del país. Debo decirles que se portaron como leones: todos creyeron que por sus servicios a la Patria, quedarían libres de procesos y de castigos; pero se equivocaron, los jueces habían seguido trabajando de tal modo, que, cuando llegaron aquellos hombres que se creían rehabilitados y admitidos por su heroísmo y por su comportamiento en la sociedad, hubieron de beber la cruel realidad. Amargados, huyeron de la Justicia que los hería a mansalva, y como se les perseguía, resolvieron armarse para defenderse.

Eran superiores a todas las policías; hacían siempre blanco y carecían de miedo; por esos motivos hubo que combatirlos a fondo, empleando todos los recursos usados en las campañas contra los montoneros.

Una vez, asaltaron la Estación de Angol, del Ferrocarril en construcción de esta ciudad a Traiguén; por fortuna el Ingeniero no había dejado de los 150 mil pesos necesarios para el pago de los trabajadores, nada más que 14 mil pesos, que, naturalmente, se llevaron los bandidos.

Entonces se dispuso hacerlos perseguir por la fuerza

de línea y fué designado un oficial al mando de un piquete para proceder a su captura. Estos individuos no dieron con nadie y volvieron mustios por el fracaso.

Se me designó a mí: yo tomé pocos pero escogidos compañeros. Pensé que lo difícil era dar con el paradero en aquellas selvas de quilantrales y de hondas y obscuras quebradas. Me disfracé, entonces de "niño de la familia", y me fuí a uno de los burdeles de mala reputación de Angol; allí, sin causar sospechas, encontré todos los datos que necesitaba.

Procedí entonces a orientarme y sorpresivamente caí sobre la banda,logrando capturar a los principales.

Se me siguió nombrando en estas Comisiones, que yo me daba mis trazas para cumplir.

Los bandidos tuvieron miedo y se fueron a la región de más al Sur, para continuar sus depredaciones.

Se resolvió en esa circunstancia verdaderamente difícil, fundar un cuerpo de Gendarmería, cuya dirección se me confió. Al principio, fueron cincuenta para llegar a trescientos y tener como sede toda la región hasta Chiloé; yo los disponía como hoy los Carabineros; pero me atrevo a creer que los míos no contaban con los elementos de ellos.

Pasaban por la conversación los nombres de Belarmino Mendoza y sus tres hermanos, de los Zurita, de los Urrutia, Rebelló, "El Lagartón" y tantos otros. Trizano evita el detalle; se limita a contar otras cosas.

—Cuando yo tenía un Gendarme que temía me pudiera traicionar, lo colocaba en el combate en primera fila; como nunca he dejado de hacer blanco, derribaba yo un bandido y le atribuía la hazaña al gendarme tibio.

Los diarios hablaban de aquél hombre y lo elogiaban ardientemente; los bandidos creían que el tipo cumplía con

el deber traicionándolos, y yo lo ascendía y citaba en la Orden del Día. De esta manera yo me hacía de magníficos gendarmes, dispuestos a dejar la piel en el campo, por servir la causa de la sociedad.

—¿Y su leyenda de sanguinario, ¿a que obedece?

—No lo sé; más, le puedo asegurar, que no he sido jamás injusto; no he arrancado confesiones por el terror a nadie; no he asesinado a nadie. Por el contrario, en todo momento traté de exterminar el bandidaje por medio de la persuación, y le aseguro que en varios casos lo conseguí; jamás falté cuando dí mi palabra a los bandidos; nunca acepté delatores ni soplones, convencido que en la mayoría de los casos el delator procede por espíritu de venganza y por cobardía.

—Claro que la lucha con los bandidos fué cruel; caían por ambos lados; si nosotros no los dábamos de baja, nos liquidaban ellos. La lucha con los bandidos fué una guerra con todas sus consecuencias.

Después de un momento de silencio, me dice:

—Espérese....

—Vá al interior y trae un lingote de plata....

—Es una piedra, una muestra de un mineral que sólo yo conozco, y cuya explotación que la emprenderé cuando pueda montar a caballo, me pondrá en situación de atender a mi familia y de librarme de mis acreedores.

—Luego, bajando la voz, agrega:

—Esta casa en que vivo, puedo decir que no es mía, está hipotecada; por fortuna el acreedor, que es un hombre, me ha prometido no ejecutarme mientras esté vivo.

—¿Ud. no tiene sus sueldos de Veterano?

Es una historia que un hombre no cuenta, tengo

una pensión que no corresponde de ninguna manera a mis trabajos. Pero yo me pondré a flote con mis minas.

No quiere decir quienes lo obligaron a dejar el Ejército, ni las razones que se tuvieron para negarle un puesto de jefe de Policía que tanto merecía.

Baja de nuevo la voz y confidencia:

—Yo conozco estos territorios piedra por piedra, árbol por árbol; sólo yo sé en que sitio de Huanquivilco, está esa prodigiosa mina de plata, y tengo una idea más o menos precisa en donde se oculta el tesoro del General Nicolás Maruri.

—Me cuenta una historia novelesca de un interés palpitante; mientras habla, su cuerpo se yergue y por un momento dá la visión de que se encuentra montado dando órdenes a sus célebres Gendarmes; pero calla y entonces mi vista se detiene de nuevo en su bastoncito de guindo, en sus piernas arqueadas y paralíticas, en el velo de dolor que cubre su vejez y pienso en la tragedia íntima de este hombre bondadoso.

Nó; Trizano, el anciano Trizano, exterminador de bandidos y padre de hijos que han ido a la Guerra Europea y de hijas robustas y simpáticas, es probable que no podrá explotar sus minas y que lo abrumará antes, el dolor traidor de las injusticias, y la indiferencia de los que no se han dado cuenta de que en todo corazón debe predominar la nobleza.

—¿Aceptaría Ud. un homenaje de las Provincias que Ud. libertó?

Me mira fíjamente y contesta:

—Yo no quiero que me den plata. Jamás he aceptado nada y no creo que deba cambiar de línea de conducta.

De nuevo lo veo erguido como esos personajes de la

fábula heroica que retrataron Calderón y Lope. Admiro sinceramente a este anciano. Guardo silencio. Sobre nuestras palabras cae la sutileza del crepúsculo y las abruma con su frialdad dolorosa. Estrecho su mano y me despido. Afuera, parpadean las primeras estrellas y la montaña cercana, es una enorme masa de sombra que se acerca hasta mi corazón....

La muerte de Trizano

Hasta las postrimerías de su vida, Trizano sirvió a sus semejantes, siendo su abnegación y espíritu de sacrificio, la causa precisa de su muerte.

En los primeros días de Diciembre de 1926, Trizano había contraído un fuerte resfriado; pero siguiendo su costumbre, no le dió importancia a este mero accidente, ni quiso hacer cama.

Al viejo capitán se le sentía toser constantemente. Sus hijas, alarmadas, quisieron prepararle algunas infusiones, pero Trizano rechazó los remedios, pretextando no tener nada.

El 11 de Diciembre de 1926 encontrándose ya con su salud bastante quebrantada, se encaminó hacia la Población Dreves para "darle agilidad a las piernas" — como decía don Hernán —. Por el camino encontró a un antiguo amigo, con quien conversó largamente sobre sus negocios de minería; manifestándole que tan pronto como

se restableciera y estuviese mejor de su cadera, montaría a caballo para reanudar sus trabajos en los alrededores de Villarrica. Aprovechando esta oportunidad y antes de despedirse, el amigo le solicitó, que le redactara un documento relacionado con un pedimento de tierras, que pensaba efectuar. Trizano aceptó gustoso aquel encargo. Regresado a casa y después de comida, empezó a confeccionar ese escrito y como notara que le faltaban algunos datos indispensables para darle forma, decidió ir esa misma noche a buscar los antecedentes necesarios. Eran las 11, cuando partió nuevamente hacia la Población Dreves. Fueron inútiles las súplicas de los suyos, para disuadirlo de su propósito. No quiso ni siquiera colocarse abrigo y a todas las sugerencias que se le hacían sobre su estado precario de salud, contestaba diciendo: "Lo que se puede hacer hoy, no hay que dejarlo para mañana". En estas condiciones, y afirmándose en su bastón de guindo, salió de su casa y se encaminó hacia donde vivía aquel amigo.

Esa salida fué fatal para el veterano soldado.

De vuelta a su hogar, un copioso aguacero lo sorprendió por el camino. Sus ropas quedaron totalmente empapadas y la humedad penetró en su delicado organismo. Cuando regresó era la 1 1|4 de la madrugada. Su fisonomía estaba desencajada; parecía que había enflaquecido prematuramente y su cuerpo se extremecía sacudido por continuos escalofríos. Los síntomas inequívocos de una bronconeumonía estaban a la vista. Sus familiares avocados ante esta triste realidad, hicieron toda clase de esfuerzos para que se recogiera a la cama en el acto, pero nada pudieron conseguir. No hubo medio de convencerlo. Trizano se encerró en su dormitorio y continuó trabajando

hasta las 2 1|2 de la mañana, hora en que terminó la solicitud de su amigo.

Después, se retiró a descansar.

Al día siguiente, intentó levantarse muy temprano, como era su costumbre, pero ya las fuerzas le habían abandonado. Llamó a sus hijas para que lo ayudaran a vestirse y éstas, profundamente alarmadas se negaron a obedecerle.

Gritó, vociferó, todo fué inútil.

Era la primera vez que las órdenes de Trizano no se cumplían...

En esta emergencia, se envió a buscar a su hijo el capitán don Kosusth Trizano, que servía en el Regimiento Eleuterio Ramírez.

Impuesto de la grave enfermedad que aquejaba a su padre, hizo llamar de inmediato al doctor Lutz Claren, facultativo que diagnosticó una bronconeumonía muy avanzada, ante la cual, la ciencia médica ya nada podía hacer.

Su cuerpo lesionado y acribillado de honrosas cicatrices no podía resistir más. Estaba totalmente debilitado por las constantes privaciones que afrontó en los últimos años de su vida. Todo se conjuraba para que la traidora enfermedad lo llevara a la tumba en forma inesperada.

Su organismo enflaquecido y lacerado descansó en el lecho solamente cuatro días. Y este hombre de acero, cuya vida habían respetado las guerras, las revoluciones, los bandidos y los elementos, se tumbaba ahora, como un roble herido de muerte por el hacha del labrador que roza las montañas, buscando siempre el pellín más duro y robusto para derribarlo.

Dos días antes de morir sostuvo el siguiente diálogo con el doctor Lutz Claren:

—¿Ha hecho cama usted alguna vez?

—Jamás, replicó Trizano.

—Está muy débil; ¿qué edad tiene usted?

—Tengo muchos años y esto ha sido mi desgracia, pues con diez años menos habría arreglado la situación a mi familia, repuso el enfermo.

La preocupación constante de Trizano, hasta sus últimos momentos, fué la mala situación económica en que dejaba a sus hijos, sin bienes de fortuna de ninguna especie.

La víspera de su muerte, preguntó insistentemente por Hernán 2.o, que se encontraba en el Norte. El viejo guerrero se daba cuenta.

—Mi fin se aproxima rápidamente — decía — y quiero confiarle algunos encargos relacionados con las minas que él debe explotar después.

Y agregaba: Con el dinero que se obtenga de allí, se habrá asegurado el porvenir de todos los Trizano.

Más tarde, y aprovechando un descuido de los que le rodeaban, se bajó de la cama para buscar unos papeles,— que según él,—revelarían a sus hijos el secreto de las minas de "El Durazno", cuyas vetas de plata, se encontraban cerca de Villarrica.

Ese mismo día hizo llamar a su viejo amigo, el periodista don Orlando Masson, — según se dice — con el propósito de pedirle que no publicara nada de su vida, ni de sus hazañas. Desgraciadamente, cuando llegó el señor Masson hasta el lecho de Trizano, éste ya era un moribundo y no podía articular palabra.

Murió abandonado por todos aquellos a quienes tanto sirvió y con excepción de los familiares que le rodeaban, no había ninguna otra persona extraña.

Tuvo lucidez casi hasta los últimos instantes, y a pesar de que su cuerpo parecía un montón de ruinas, conservó la claridad y viveza de sus ojos inteligentes.

Sus últimas palabras fueron "tengo sueño", y se durmió para siempre...

La muerte fué tranquila y su rostro conservó aquella fisonomía tan habitual en el célebre soldado.

Murió en Temuco, en una mañana del 16 de Diciembre de 1926, a los 66 años de edad. Y las puertas de su casa solariega, que permanecieran eternamente cerradas, se abrieron esta vez, para dar paso al cuerpo sin vida de su dueño.

El dormitorio donde falleció era modestísimo; un catre de hierro y varios muebles muy viejos, pero aseados, completaban el menaje de aquella pieza que presenció el triste fin, del valeroso Capitán Trizano.

Los funerales de un gran servidor

El 17 de Diciembre de 1926, a las 5 P. M., tuvieron lugar los funerales del capitán retirado del Ejército, don Hernán Trizano Avezzana.

El cortejo partió de la casa habitación de la familia, ubicada en la Avenida Balmaceda, tomando por calle Zenteno para seguir por Manuel Montt y calle Blanco por Bulnes y continuar por Manuel Montt y calle Blanco, para llegar al Cementerio.

Llevaba el cortejo el siguiente orden: Banda del Regimiento "Eleuterio Ramírez" y una compañía de la misma unidad con su estandarte; delegaciones de Carabineros; Policía y Gendarmería de Prisiones; carro mortuorio; coche en que iban el Comandante del Regimiento "Eleuterio

Ramírez", don Hernán Puelma; Mayor, señor Uribe; Capitán, señor Kosusth Trizano; Victoria ocupada por el intendente de la Provincia, don Víctor Navarrete Concha; el Secretario de la misma, don Julio Cabezas Foster; el Tesorero Fiscal, don Santiago Carberry; numerosos otros carruajes ocupados por los Jefes y Oficiales del Regimiento "Eleuterio Ramírez" y Regimiento de Carabineros; entidades civiles y un inmenso público que ocupaba muchas cuadras.

Durante el trayecto, la Banda tocó sentidas marchas fúnebres, que repitió al detenerse el cortejo frente al Cementerio y al inhumarse los restos.

Antes de la inhumación, el Director del diario "La Mañana", señor Orlando Masson C., pronunció el discurso que damos a continuación, a nombre de la Ilustre Municipalidad.

Despidieron el duelo el Capitán del Regimiento "Eleuterio Ramírez" señor Kosusth Trizano, el Mayor señor Uribe y otros miembros de la familia del extinto.

Benemérito ciudadano

HOMENAJE DEL MUNICIPIO

Discurso a nombre de la Ilustre Municipalidad de Temuco, pronunciado por don Orlando Masson

Llegamos a su lecho cuando el héroe agonizaba.

Sobre un modesto catre de acero había un puñado de escombros humanos.

Su mano enflaquecida se agitaba buscando la nuestra, a tientas, sobre los cobertores.

En sus ojos, que en otrora, penetraron montañas, se iba haciendo la noche eterna.

Ya las palabras se habían quebrado en sus labios. Eran sólo débiles, dificultuosos e imprecisos balbuceos. En vano martillaba sobre el verbo.

Su cabeza volteriana, cubierta por la nieve de los años, afiebrada se agitaba en la almohada.

Todos sus esfuerzos por hablar fueron inútiles.

Nos había llamado en sus últimos instantes.

Y allí, en el cuarto lóbrego y frío, como una antesala de la muerte, donde parecía hallarse sepultado vivo, frente a una de sus hijas. Y, ante el hermano periodista, el héroe se iba extinguiendo lentamente.

Y, era aquella, una tragedia dolorosa y conmovedora, que ponía lágrimas en los ojos y hacía temblorosas las palabras.

A través de la celosía de las ventanas llegaron varios rayitos de Sol a posarse sobre su frente sudorosa y a jugar con las hebras de plata de sus cabellos.

Y allí lo dejamos en su lecho. Era ya algo así como un hacinamiento de escombros humanos, ante cuya envoltura la muerte temblaba y retrocedía.

Hernán Trizano Avezzana, fué una columna de oro de la construcción de la vida y desarrollo de este pueblo.

No puede escribirse honradamente la historia de Temuco, sin ligarla estrechamente a su nombre.

Fué un pacificador y exterminador de lobeznos humanos en la frontera sur de Chile.

Se internó en las selvas vírgenes y bravías, bajó las hondas quebradas, escaló las cimas y venció el torrente caudaloso de los ríos, domando temerarias cuadrillas de bandidos.

Noches de invierno tenebrosas, bajo la lluvia y sobre el lodo, mil huracanes desatados lo vieron solo, como una sombra enhiesta o agazapado como un león, en acecho, cruzar provincia a provincia, en heroica persecusión.

En aquellos tiempos los hombres mataban por matar, asesinaban familias enteras en una desenfrenada orgía de

sangre, como hienas o chacales, movidos por satánicos instintos. Y Trizano, exponiendo mil veces su vida sobre la cual pasó por cumplir lealmente su deber, exterminó el bandidaje, y así pudieron nuestros hombres laboriosos, entregarse a su trabajo tranquilamente, sin sobresaltos.

Al bajar a la tumba lleva muchas condecoraciones: son heridas a bala y a cuchillo de los mismos que persiguió, para asegurar la paz y la hacienda ajenas.

En su ostracismo, inválido y en la miseria, olvidado por aquellos a quienes tanto sirvió; Trizano tuvo la resignación de un apóstol. Nunca se entreabrieron sus labios en un rictus de reproche. No tuvo una queja, ni una imprecación, ni un grito de rebeldía.

Estaba por encima de la felonía y la maldad, con que injusta y torpemente se pagaron sus servicios.

Al romperse el vaso de arcilla que contenía su cuerpo, por su gran acervo prestado a la tranquilidad y a la paz social, la Municipalidad de Temuco, declara a Hernán Trizano Avezzana, ínclito y benemérito ciudadano.

HOMENAJE DE LA PRENSA

Los méritos despues de la muerte

DIARIO "LA CRUZ DEL SUR", DE ANCUD

Se le llamó el Búffalo Bill de la Frontera Araucana, y al compararlo con el legendario coronel Guillermo Cody, que limpió de malezas humanas el Far West de la América del Norte, se le colocaba en el justo plano de su vida.

La historia y la leyenda presentan a ambos, como los defensores de los débiles ante el ataque de los malvados, en un eterno batallar contra el crimen arriesgando mil veces sus vidas por la causa de la justicia y la equidad.

Hernán Trizano fué organizador y Comandante de aquella famosa Gendarmería de la Frontera, que tantas páginas ha llenado de la vida novelesca y de aventuras de nuestra historia nacional. Dedicó largos años a hacer habitable la tierra de los indios entre el Bío-Bío y Toltén,

zona que había sido entregada, puede decirse, a los araucanos y que hace años era el refugio de toda clase de delincuentes, que después de cometer sus crímenes en el centro y región austral del país, buscaban abrigo en las selvas casi impenetrables de las montañas de lingues, pellines, boldos y canelos.

Buscó su osario en Temuco y allí pereció el 17 de Diciembre de 1926. Y este hombre generoso y abnegado que al mando de un puñado de valientes luchó años y años en bien de la civilización, ha muerto en la casi absoluta indigencia, olvidado por aquellos que debían sus vidas y sus bienes a su corazón de hidalgo aventurero.

Hernán Trizano tuvo en Temuco unos funerales grandiosos. Se le rindieron grandes honores militares. Es la eterna historia. Se reconocen los méritos después de la muerte.

EL "DIARIO AUSTRAL" de TEMUCO, ANTE LA MUERTE DEL CAPITAN TRIZANO

A las 9 de la mañana de ayer falleció en esta ciudad, víctima de una penosa enfermedad, el conocido Capitán retirado de nuestro Ejército, señor Hernán Trizano Avezzana, famoso en la región por sus hazañas valerosas en los combates contra los bandoleros del siglo pasado.

El fallecimiento del señor Trizano conmovió sinceramente a quienes supieron la noticia, la que se propagó rápidamente durante todo el día de ayer.

Nuestra condolencia

En la tarde de ayer nos acercamos a la residencia del señor Trizano a expresar la condolencia de nuestro diario a la familia, donde fuimos atendidos por el Capitán señor Trizano, hijo del extinto, quien nos atendió solícitamente.

La capilla ardiente

Después de compartir algunos momentos con el Capitán, nos acercamos a la Capilla Ardiente, en que se velaban los restos del antiguo y aguerrido soldado, cuyo tálamo se veía completamente cubierto de flores.

Habían enviado coronas la Oficialidad del Regimiento "Eleuterio Ramírez", la Compañía a cargo del Capitán Trizano (hijo) y muchas corporaciones locales.

Sus funerales

Los funerales del señor Hernán Trizano, se verificarán hoy a las 5 P. M., y prometen dar origen a una sentida manifestación de duelo popular, pues ya se encuentran citadas numerosas entidades sociales y obreras para este objeto.

Se le rendirán honores militares correspondientes a su grado de Capitán de Ejército y además asistirán a este acto, delegaciones del Regimiento Carabineros de Temuco, Policía, Gendarmería de Prisiones y otras instituciones de carácter militar.

La obra de Trizano

Hernán Trizano, significa para la región comprendida entre las provincias de Malleco y Llanquihue, el extirpador del bandolerismo audaz y sanguinario de los últimos años del pasado siglo.

Hombre de grandes energías, no conocía el miedo, luchó siempre cuerpo a cuerpo y nunca castigó a quienes se rendían o quedaban indefensos.

Defendió con valentía y desinterés las causas que consideró justas y a ellas prestó todo el coraje de su alma generosa; no pensando jamás que en el campo de batalla podría perder la vida.

Perteneciente a una familia de nobles y esforzados, heredó todo el valor y el espíritu de sacrificio de sus abuelos recorriendo el mundo entero, en busca de aventuras y causas que defender.

"ERA UN HEROE DE AVENTURAS"

Dijo "La Estrella" de Valparaíso

Ha fallecido en Temuco, el Capitán don Hernán Trizano Avezzana, quien fué algo así como un personaje de esos que encarnan en la pantalla Hott-Gibson o Douglas Fairbanks. Era un hombre valiente que, como un moderno Quijote, puso su espada y su brazo en pleno siglo 19 a

"desfacer entuertos" y a devolver la tranquilidad en la frontera, amagada por el bandolerismo audaz y sanguinario que amedrentaba aquellas regiones.

Trizano era un héroe de aventuras y caballero como tal, defendió siempre las causas justas, — dicen sus biógrafos —.

Organizó el Regimiento de Húsares de la Muerte y más tarde Prefecto de Policía de Angol, continuaba su misión caballerezca y atrevida; batiendo a los bandidos y poniendo su pecho frente al choco sanguinario y al corvo audaz.

Y como era valiente, siempre triunfó. Y como defendió la justicia y protegió a los débiles, su vida fué respetada y se hizo admirar, aún entre los mismos a quienes combatió y venció.

Ahora ha muerto en Temuco, y su muerte ha importado para la región un duelo popular.

Se le recuerda en su bizarro valor, en su proverbial desprendimiento, que lo hizo en los últimos años de su vida, pedir a todos un piadoso olvido de sus hazañas, de las cuales ni siquiera quería oír hablar.

Deseaba vivir en paz y morir tranquilamente.

Tenía derechos sobrados a ser pensionado por el Gobierno, por sus dilatados servicios prestados al país; pero orgulloso, aún en la miseria, jamás quiso pedir lo que de hecho le correspondía.

Hombre de portentoso temple, acaba de caer vencido por la muerte, la única que era capaz de derrotar a quien hizo de su vida un constante desafío.

"Trizano"

Editorial aparecido en el "Diario Austral" de Temuco, el día 20 de Diciembre de 1926, con motivo del fallecimiento del Capitán Trizano.

Al temerario guerrero de los antiguos tiempos, le ha vencido el brazo espantoso de la Descarnada, de la sombría amazona que quizás cuantas veces intentó posar sus manos glaciales sobre los hombros del valiente, balanceándose en la grupa de su frenética cabalgadura, mientras a su alrededor el demonio de la rabia contorsionaba en horrendos movimientos a los combatientes, que buscaban en los cuerpos feroces el manantial de la muerte.

Después de estudiar en una de las Escuelas Navales más importantes de la pintoresca Italia, Trizano se embarcó en un crucero, con el grado de Guardia Marina, llegando a la encantadora y enigmática Constantinopla. ¿Fué la belleza prisionera en un suntuoso cerrallo, el cielo de un turco enamorado de la exótica fisonomía de una heroína de Loti, o los bandidos patibularios y extraños que toma-

ban el sol a las orillas del Bósforo en las mañanas, lo que decidió a Trizano a quedarse en los dominios de la Media Luna?

Desde esta ciudad que alza sus cúpulas cubiertas de ensueño hacia el cielo diáfano del oriente como plegarias eternas, empezó la vida nómade de este moderno Campeador, enemigo del mercenario y del que se revuelca en las miasmas de las bajas pasiones.

En los tiempos en que Trizano tuvo que exterminar las hordas sanguinarias que desolaban estas regiones, el bandolero era muy distinto a su congénere moderno; cobarde e inexperto.

Casi todos eran antiguos soldados pertenecientes a los regimientos formados a instancia de la necesidad con reos de las prisiones, los que una vez terminada la campaña del 79 y debiendo regresar a las cárceles para cumplir sus condenas respectivas, prefirieron desertar, antes de consumir el resto de sus vidas en la soledad y mutismo de una celda.

De esta manera se comprende la preparación militar del bandido de entonces, el que ensayaba el sistema de guerrillas y no se rendía sin haber luchado hasta el último, agrediendo en forma audaz y rotunda a quienes pretendían capturarlo.

La depravación de estos hombres llegaba a tal extremo que el crimen era para ellos un hábito, una cosa natural y quizá hasta necesaria para la perfecta normalidad de sus temperamentos infernales.

Morían con la blasfemia en la boca, hundiendo en el rojo torrente de su sangre los quemantes puñales de sus miradas de odio, convulsionados por tremendos estertores,

que más parecían los estremecimientos de una bestia salvaje.

Matar a uno de estos foragidos no era una villanía, era un verdadero triunfo de guerrero. Muchos hay que culpan a Trizano de numerosas muertes y le critican este modo de proceder, sin saber que entonces si que era peligroso uno de estos hombres, porque eran valientes, decididos y audaces y no conocían otro Código, otra religión ni otros afectos que la barbarie.

Un hombre como Trizano que desafió infinitos peligros, por correr tras los bandidos de aquellos tiempos, asistiendo a batallas horrendas, bregando furiosamente con el enemigo despiadado y salvaje, merecía, por cierto, un homenaje en vida, ya que fué él con su bravura y su porfía el que nos legó convertidos en agros de paz y de trabajo, la tierra regada por la sangre de centenares de víctimas y hoyada por las caballos veloces y fieros de cuatreros y criminales, el progreso que hoy contempla nuestra satisfacción.

Pero nada de eso sucedió: el héroe apagó el bullicio de combates que aleteaba en sus oídos y arrullado por al blando descanso, adormeció el cansancio de la vida en el regazo de la eternidad.

Peter Woodbridgg.

Reparación necesaria

Hernán Trizano Avezzana, el bravo guerrero que hiciera íntegramente la campaña de la Guerra del Pacífico; el que con un puñado de valientes se internara en la Sierra, para llegar después hasta Lima, y por su propia mano, rebautizara con nombres chilenos las principales calles de la ciudad de los Virreyes, moría el 16 de Diciembre de 1926, en una pieza destartalada y pobre, moviendo sus brazos huesudos en un camastro de hierro...

Aquel hombre que llegara joven y vigoroso en la época de la pacificación de la Araucanía, librara mil combates con los indígenas y, años después, emprendiera la tarea más ingrata, la más ardua y peligrosa como era la de salvar a las nacientes provincias australes de lobeznos y chacales humanos. Aquel que en su afán de proteger al débil de las acechanzas del fuerte, vadeara caudalosos ríos, escalara cordilleras, trepara agrestes sierras y conociera el silencio trágico de las montañas vírgenes, moría olvidado y miserable.

El, que había formado la grandeza de la Frontera. El, que había sacrificado familia, tranquilidad, honores y fortuna, no tuvo la suerte de recibir en vida el justo premio a tanto desvelo.

Fué necesario que muriera miserablemente, para que de todas las bocas surgiera un recuerdo agradecido.

Frente al hueco de su tumba se le llamó "Benemérito", "Hijo predilecto de Cautín", etc., etc. Pero, ¿de qué vale todo eso, si después de diez años de su muerte, todavía el nicho que guarda los despojos mortales de Hernán Trizano, permanece sin que una mano amiga le coloque una humilde plancha que lleve su nombre?..

De tiempo en tiempo, algunos diarios metropolitanos lo recuerdan y entonces se dice de él que fué un héroe, sólo comparable a Buffalo Bill.

Uno que otro parlamentario de la zona sur, alza de vez en cuando su voz y rememora las hazañas del glorioso Gendarme de las Colonias.

Lo único real y efectivo que se ha hecho para perpetuar su memoria, se debió a la iniciativa privada: una calle de la Avenida Alemana de Temuco, lleva su nombre escrito en lo alto de un rústico madero...

Mientras tanto, perdida entre la yerba, huérfana, se abre la boca del nicho de Hernán Trizano, para pedir que pongan allí cuatro letras que indiquen su última morada.

Aquella casita solariega de la Avenida Balmaceda, que tanto quisiera, y en la cual vivió sus últimos años amenaza derrumbarse por la acción de los años, del olvido y de las hipotecas. Porque Trizano, para alimentar a sus hijos, contrajo algunas deudas y entregó en garantía su único bien raíz. En estas condiciones cualquier día la propiedad va a pasar a manos de los acreedores.

Su familia está dispersa y entre los pocos miembros que residen en el país, se cuentan tres hijas que gozan de una pensión mensual de $ 60 cada una.

Y así han transcurrido diez años desde que muriera el Capitán Trizano, el fundador de las Gendarmerías de las Colonias y precursor del actual Cuerpo de Carabineros de Chile, sin que hasta la fecha se rinda un justo homenaje al que reintegró al patrimonio nacional y a los fueros de la Ley y del Derecho, cuatro de las más ricas y prósperas provincias australes.

INDICE

N.o		Págs
1.	**Al Cuerpo de Carabineros de Chile**	5
2.	Prólogo	7
3.	**Trizano**	11
4.	La personalidad del Jefe de la Gendarmería de las Colonias. — Rasgos biográficos	15
5.	La brillante actuación de Trizano en la Guerra del Pacífico	23
6.	Los albores de una gran Institución	28
7.	Asesinato del súbdito inglés Enrique F. Peters	31
8.	Los primeros Gendarmes	34
9.	La Gendarmería de las Colonias en acción	38

N.o		Pág.
10.	Dos palabras .. .. Un recuerdo. — El General	42
10.	Don Emilio Korner	42
11.	"Un duelo"	45
12.	Una captura difícil	48
13.	El soldado y el caballero. — Roque Sáenz Peña y Trizano	50
14.	Las muertes del Pozón. — Una pelea en el agua ..	52
15.	El Alma de Trizano	55
16.	Asaltado en su propia casa. — Un intento frustrado	58
17.	Valor de bandido	60
18.	"Coyocho Martínez" el fugitivo de Cañete	61
19.	Momentos de angustia vadeando el Calle-Calle. — El soldado Juan de Dios Hernández	63
20.	Frente a la muerte. — Una aventura peligrosa y un escapulario salvador	67
21.	"Les daré en el gusto". — Una huída hacia el Cementerio. — Combatiendo en los Cerros del Nielol	71
22.	Una tertulia interrumpida. — El convidado de piedra en una noche de juerga	76
23.	Retirado de las filas.— Años de amargura. — La Legión Extranjera y las minas. — No quería ser una carga para el Estado	79
24.	La hermosa "Hoja de Servicios" de Hernán Trizano	83
25.	El viejo soldado en la intimidad. — Sus costumbres	89
26.	Un rayo agorero. — El fin de Trizano se aproxima	93
27.	El célebre exterminador de bandido. — Una entrevista para "Sucesos" 42 días antes de morir	95
28.	La muerte de Trizano	106
29.	Los funerales de un gran servidor	111
30.	Benemérito ciudadano. — Homenaje del Municipio	113
31.	Homenaje de la Prensa	117
32.	Los méritos después de la muerte. — Diario "La Cruz del Sur" de Ancud	119
33.	"El Diario Austral" de Temuco ante la muerte del Capitán Trizano	120
34.	"Era un héroe de aventuras" dijo 'La Estrella" de Valparaíso	122
35.	TRIZANO. — Editoriales del "Diario Austral" ...	125
36.	**Reparación necesaria**	129

Talleres Gráficos

"LA NACION"

(S. A.)

1936